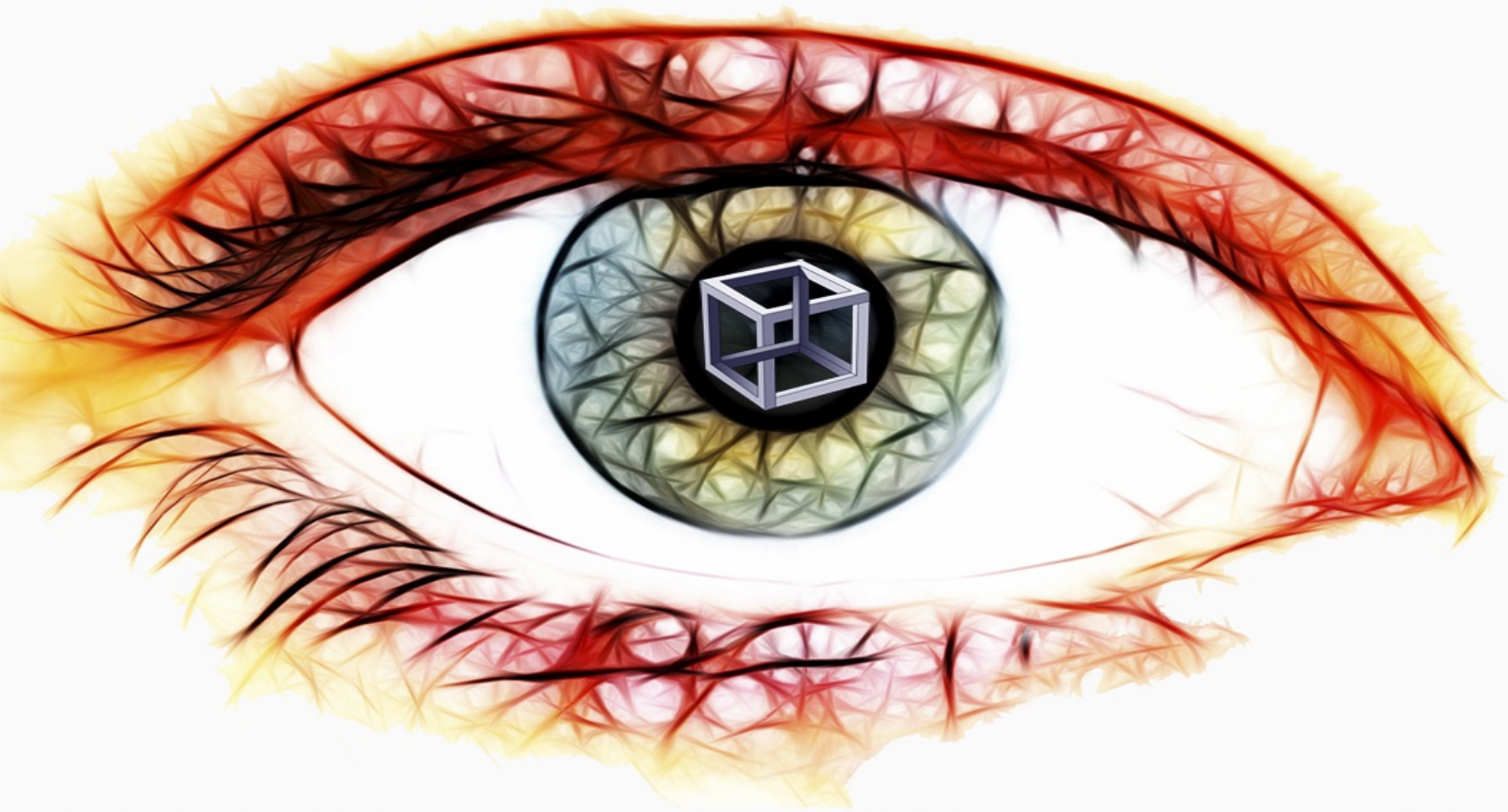


EL PLANO
ASTRAL
Su Escenario, Habitantes
y Fenómenos



Charles Webster Leadbeater

EL PLANO ASTRAL

Su Escenario, Habitantes y Fenómenos

Por

Charles Webster Leadbeater

MARDETEOSOFIA.COM

Indice

[Introducción](#)

[El Escenario](#)

[Habitantes Humanos del Plano Astral](#)

[Habitantes Humanos Muertos](#)

[Habitantes No Humanos](#)

[Habitantes Artificiales](#)

[Fenómenos](#)

[Conclusión](#)

Introducción

Aunque en su gran mayoría inconscientes de ello, pasan los hombres toda su vida en medio de un vasto y poblado mundo invisible. Durante el sueño o éxtasis, cuando los conspicuos sentidos físicos quedan temporalmente en suspenso, se le muestra al hombre algo de dicho otro mundo, y a veces regresa de aquellas condiciones con memoria más o menos vaga de lo que vio y oyó allí.

Cuando en el cambio llamado muerte desecha el hombre completamente el cuerpo físico, pasa a dicho mundo invisible y allí vive durante los siglos que transcurren entre sus encarnaciones en el mundo físico. Pasa el hombre la mayor parte de ese largo período en el mundo celeste; pero ahora hemos de contraernos a considerar la parte inferior del mundo invisible, la condición en que haya inmediatamente después de la muerte, el Hades o mundo inferior de los griegos, el purgatorio o estado intermedio de los católicos, al que llamaron mundo astral los alquimistas medievales.

El objeto de este Manual es recoger y ordenar cuantos informes respecto a esta interesante región están diseminados por la literatura teosófica y complementarlos ligeramente en casos en que nuevos hechos hayan llegado a nuestro conocimiento. Conviene advertir que las adiciones complementarias son el resultado de la investigación de unos cuantos exploradores, por lo que no se han de recibir como testimonio de autoridad, sino tan sólo en su propio valor.

Además, hemos tomado cuantas precauciones ha sido posible para asegurar la exactitud y no hemos aceptado ningún hecho viejo o nuevo sin que lo confirmara el testimonio de al menos dos avezados e independientes investigadores y avalaran su exactitud, antiguos estudiantes cuyo conocimiento de estos puntos es necesariamente mucho mayor que el nuestro. Por lo tanto, cabe la esperanza de que el presente estudio del mundo astral, aunque no del todo completo, sea digno de confianza tal como lo relatamos.

El primer punto que ha de evidenciarse al describir el mundo astral,

es su absoluta *realidad*. Desde luego que no empleo esta palabra en el sentido metafísico de que excepto el Ser inmanifestado todo es ilusorio por impermanente. Empleo la palabra *realidad* en su acepción vulgar y corriente, para dar a entender que los objetos y habitantes del mundo astral son reales en el mismo concepto en que lo son nuestros cuerpos, nuestros muebles, nuestras casas y monumentos. Los objetos y habitantes del mundo astral no durarán eternamente en tal estado como no duran eternamente los objetos en el mundo físico; pero, sin embargo, desde nuestro punto de vista son realidades mientras duran, de las que no podemos prescindir, aunque la mayoría de la humanidad esté todavía inconsciente o vagamente consciente de su existencia.

Nadie puede tener claro concepto de las enseñanzas teosóficas mientras no se dé cuenta de que en nuestro sistema solar hay planos perfectamente definidos, cada uno de ellos con su peculiar materia de diferente grado de densidad, y que algunos de estos planos pueden visitarlos y observarlos personas con aptitudes para ello, exactamente lo mismo que es posible visitar y observar un país extraño; y que de la comparación de las observaciones de quienes están de continuo actuando en dichos planos, puede obtenerse la prueba de su existencia y naturaleza, tan satisfactoriamente al menos como la que la mayoría de las gentes tienen de la existencia de Groenlandia o de Spitzberg.

Los nombres dados a estos planos considerados en orden de materialidad desde el más denso al más sutil, son: físico, astral, mental, búdico, nirvánico, monádico y ádico.

Estos dos últimos están todavía tan lejos de nuestra capacidad conceptiva, que de momento podemos prescindir de ellos. Conviene advertir que la materia de cada uno de estos planos o mundos difiere de la del inmediato inferior en análogo modo, aunque de muchísimo mayor grado, de cómo los gases difieren de los sólidos. En efecto, los estados de materia a que llamamos sólido, líquido o gaseoso son meramente las tres subdivisiones inferiores de la materia física.

La región astral que intento describir es el segundo de los siete grandes planos de nuestro sistema solar, contando desde el mundo o plano físico con el que todos estamos familiarizados. Se le suele llamar el reino de la ilusión, no porque sea de por sí más ilusorio que el

mundo físico, sino a causa de la extrema inseguridad de las impresiones que en él recibe el inexperto visitante. Dos capitales características se han de considerar en el mundo astral:

1ª Que muchos de sus habitantes tienen la maravillosa propiedad de mudar de forma con proteica rapidez y de fascinar a los que escogen para divertirse con ellos.

2ª Que la visión en el mundo astral es muy diferente y mucho más amplia que la visión física.

En el plano astral se ven los objetos de todos lados a la vez, y el interior de un sólido es tan visible como la superficie. Así no es extraño que un visitante inexperto tropiece con dificultades para comprender lo que realmente ve, y que se le agrave la dificultad al expresar su visión en el inadecuado lenguaje de los idiomas corrientes.

Uno de los más frecuentes errores de la inejercitada vista astral es la permutación de las cifras de un número y leer por ejemplo 139 en vez de 931 ó 931 en vez de 139.

En el caso de un estudiante de ocultismo aleccionado por un experto Maestro, tales errores serán imposibles a menos que haya precipitación o descuido, puesto que el estudiante ha seguido un largo y variado curso de instrucción en el arte de ver correctamente, y el Maestro o uno de los discípulos más adelantados le representan repetidamente todas las posibles formas de ilusión y le preguntan: “¿Qué ves?” Cualquier error en la respuesta queda inmediatamente corregido y se explica en qué consistió el error, hasta que poco a poco adquiere el neófito seguridad y confianza en la observación de los fenómenos del plano astral incomparablemente superiores a cuanto es posible en el plano físico.

Pero el estudiante de ocultismo no sólo ha de aprender a ver correctamente, sino también a transferir de uno a otro plano el recuerdo de lo que vio; y para ayudarlo a conseguirlo se le enseña a transportar ininterrumpidamente su conciencia del plano físico al astral y del astral al devachánico (otra denominación del plano mental) y regresar sin cambio de conciencia al mundo físico, pues mientras no sea capaz de esta continuidad de conciencia en los tres

mundos, cabe la posibilidad de que sus recuerdos se pierdan en parte o se tergiversen durante el intervalo en blanco que separa los estados de conciencia en cada uno de los planos.

Cuando el estudiante adquiera continuidad de conciencia, podrá usar ventajosamente sus facultades no sólo cuando durante el sueño o el éxtasis actúe fuera del cuerpo físico, sino también cuando esté plenamente consciente en la ordinaria vida física.

Teósofos hubo que hablaron despectivamente del plano astral diciendo que no merecía la menor atención; pero me parece que se equivocan, pues con toda seguridad debemos aspirar a la vida espiritual y sería desastroso para un estudiante desdeñar el superior desenvolvimiento y descanso que entraña el logro de la conciencia astral.

Se conoce el caso de quienes primeramente actualizaron las facultades mentales, y por decirlo así saltaron por encima del plano astral; pero este no es el ordinario método que con sus discípulos emplean los Maestros de Sabiduría. Donde es posible el salto, no cabe duda que ahorra muchas tribulaciones; pero a la inmensa mayoría de los seres humanos les está prohibido el progreso a brincos y saltos a causa de sus faltas y locuras en el pasado. Todo cuanto nos cabe esperar es ir recorriendo poco a poco y paso a paso nuestro camino; y como quiera que el plano astral es el inmediatamente superior al físico, es natural que en él tengamos nuestras primeras experiencias súper físicas.

Por lo tanto, para los principiantes en estos estudios es interesantísimo el del plano astral y de suma importancia la clara comprensión de sus misterios, pues capacita para explicar los fenómenos de las sesiones espiritistas, de las casas frecuentadas por duendes, etc., que de otro modo no tienen racional explicación, así como preserva dicha comprensión de posibles peligros.

De diversas maneras puede percibirse el primer contacto con el plano astral. Algunos sólo una vez en toda su vida, por influjo de una extraordinaria circunstancia llegan a ser lo suficientemente sensitivos para reconocer la presencia de un habitante del mundo astral; y si no

se repite la experiencia, quizás con el tiempo se figuren haber sido en aquella ocasión víctimas de alucinaciones. Otros ven y oyen con creciente frecuencia algo para lo que los de su alrededor están ciegos y sordos. La más común experiencia consiste en ir recordando cada vez más claramente lo que vieron y oyeron en otro plano durante el sueño.

Entre quienes ya han estudiado estos asuntos, los hay que tratan de actualizar la vista astral por medio de la esfera cristalina u otros artificios; pero quienes gocen de la inestimable ventaja de la guía directa de un idóneo instructor, probablemente pasará por vez primera al plano astral bajo su protección y se la continuará otorgando hasta que por la aplicación de varias pruebas se convenza de que su alumno ya está abroquelado contra todo posible peligro o terror que le amenace.

Sin embargo, sea como quiera, no puede menos de formar época memorable en la existencia del hombre, el positivo reconocimiento de que siempre se halla en medio de un mundo henchido de activa vida, del que la mayoría es enteramente inconsciente.

Tan copiosa y múltiple es la vida del plano astral, que al principio aturde por completo al neófito, y aun para los más expertos investigadores no es fácil tarea el intento de clasificarla y catalogarla. Si al explorador de alguna desconocida selva tropical se le demandara no sólo la descripción del terreno explorado con exactos pormenores de su fauna, flora y gea, sino además la de los géneros y especies de cada una de las miríadas de insectos, reptiles, aves y mamíferos que vio, seguramente que le asombraría la magnitud de la empresa. Sin embargo, no tiene este ejemplo comparación posible con los apuros del investigador psíquico cuya tarea es todavía muchísimo más complicada, tanto por la dificultad de transferir exactamente del plano astral al físico el recuerdo de lo que percibió, como por la insuficiencia de los idiomas humanos para expresar mucho de lo que ha de transferir.

Sin embargo, así como el explorador en el plano físico, comenzaría probablemente su relato por la descripción general del escenario y características del país explorado, así también convendrá comenzar este ligero bosquejo del plano astral con el propósito de dar alguna

ideal del escenario de sus maravillosas y siempre cambiantes actividades. Pero aun en el comienzo, la extrema complejidad del asunto nos opone una casi insuperable dificultad. Todos cuantos tienen plena visión en el plano astral están acordes en afirmar que el intento de representar una vívida descripción del escenario astral ante quienes no abrieron todavía los ojos, es como hablarle a un ciego de la exquisita variedad de tonos matices de una puesta de sol. Por muy detallada y minuciosa que fuese la descripción, no habría certeza de que la idea forjada en la mente del ciego oidor del relato fuese adecuada representación de la verdad.

El Escenario

Ante todo, se ha de entender que el plano astral está dividido en siete sub-planos, cada uno de ellos con su correspondiente grado de materialidad y su peculiar condición de materia. Aunque la insuficiencia del lenguaje físico nos obligue a considerar estos sub-planos en escala de inferior a superior o de superior a inferior, no hemos de incurrir en el error de creer que son separados lugares en el espacio (lo mismo se ha de entender de los siete planos de nuestro sistema solar, que tampoco están superpuestos) o están unos encima de otros como los estantes de una librería o las capas de una cebolla. Se ha de entender que la materia de cada plano o sub-plano interpenetra la materia del plano o sub-plano inmediatamente inferior en densidad, de suerte que aquí mismo, en la superficie de la tierra están entreverados todos los planos, aunque las sutiles modalidades de materia se extienden tanto más allá del mundo físico, cuanto mayor es su sutileza.

Así, cuando decimos que un hombre pasa de un plano o sub-plano a otro de menor densidad no significamos con ello que se mueva en el espacio para subir o ascender, sino que transfiere su conciencia de uno a otro nivel, de suerte que poco a poco llega a ser insensible a las vibraciones de la materia de mayor densidad y comienza a responder a las vibraciones de materia menos densa y más fina; y así desaparece lentamente de su vista el escenario de un mundo con sus habitantes, y en su lugar aparece otro mundo de superior carácter.

Si enumeramos los sub-planos astrales comenzando por el menos denso, encontramos que se redividen en tres clases: los sub-planos 1º, 2º y 3º forman la primera clase; los 4º, 5º y 6º, la segunda; y la tercera el séptimo e inferior sub-plano, que permanece aislado. La diferente densidad de la materia astral de los sub-planos de la primera clase en comparación con la de la segunda, es como la que existe entre un líquido y un sólido de materia física, mientras que la diferencia entre la materia de los tres sub-planos de la clase primera sería como la que hay entre líquidos de menor a mayor densidad; y la diferencia entre la

materia de cada uno de los tres sub-planos de la segunda clase, sería como la que hay entre sólidos de menor a mayor densidad, por ejemplo, corcho, avena y acero. Prescindiendo, por el momento, del séptimo sub-plano, diremos que los 6º, 5º y 4º tienen por trasfondo el mundo físico con todos sus conocidos accesorios. La vida en el sexto sub-plano es la misma que la ordinaria vida terrestre, menos el cuerpo físico y sus necesidades; pero al transferirse a los 5º y 4º sub-planos es cada vez menos material y se retrae más y más del mundo terreno y de sus intereses. El escenario de estos sub-planos es el mismo y mucho más que el de la tierra, porque cuando desde ellos observamos por medio de los sentidos astrales, hasta los objetos puramente físicos presentan muy diferente aspecto, y los percibe quien tiene los ojos completamente abiertos, no como de ordinario desde un solo punto de vista, sino por todos lados a la vez, según quedó dicho en la Introducción, aunque la idea es bastante confusa; y si añadimos que las partículas del interior de un sólido son tan claramente visibles como las de la superficie, comprenderemos que en tales condiciones, aun los objetos más familiares pueden parecer al principio totalmente desconocidos.

Sin embargo, si consideramos el asunto, resultará que la visión astral se aproxima mucho más cercanamente a la verdadera percepción, que la visión física. Por ejemplo, si en el plano astral miramos los lados de un exaedro de cristal, aparecerán iguales tal como realmente son, mientras que en el plano físico el lado más distante aparecerá en perspectiva, más pequeño que el lado cercano, lo cual es desde luego mera ilusión óptica.

Esta característica de la vista astral ha motivado que se diga de ella en muy sugerente y expresiva frase, que es la vista de la cuarta dimensión.

Pero además de estas posibles causas de error, complica mayormente el asunto la circunstancia de que esta vista superior percibe modalidades de materia que aunque todavía puramente físicas son invisibles en condiciones ordinarias, como por ejemplo, los gases constituyentes de la mezcla atmosférica, las radiaciones emanadas de todo cuanto vive y también cuatro grados de materia física más sutil

que la gaseosa, a la que, a falta de nombres distintivos, llamamos etérea, la cual forma de por sí una especie de sistema que interpenetra los otros tres grados de materia física. La investigación de las vibraciones de la materia etérea y la manera en que la afectan varias fuerzas superiores constituiría de por sí un vasto campo de estudio profundamente interesante para todo cientista dotado de la necesaria facultad visual para la investigación.

Aun cuando imaginativamente se haya percibido todo cuanto abarca lo ya expuesto, todavía no se comprende ni la mitad de la complicación del problema, porque además de las cuatro nuevas modalidades de materia física, hemos de tratar con numerosas e intrincadas subdivisiones de materia astral. Cada partícula de materia física tiene su contraparte de materia astral, y esta contraparte no es un cuerpo simple, sino que generalmente es un cuerpo complejo constituido por varias clases de materia astral. Además, todo ser viviente está rodeado de una atmósfera o nimbo peculiar llamada aura, y la de los seres humanos es una fascinante rama de estudio. Se la percibe como una masa oval de neblina luminosa de muy complicada estructura, y por su forma se le suele llamar el huevo áureo.

El lector teósofo se congratulará al saber que aun en las primeras etapas del desenvolvimiento del estudiante, cuando comienza a actualizar la vista astral, es ya capaz de convencerse por directa observación de la exactitud de las enseñanzas recibidas por conducto de la Sra. Blavatsky sobre algunos de los “siete principios del hombre”. Cuando el estudiante de ocultismo actualiza la vista astral, ya no ve en el prójimo tan sólo el aspecto externo, sino que casi exactamente coextensivo con el cuerpo físico denso distingue con toda claridad el doble etérico o parte sutil del cuerpo físico, y también resulta evidente la circulación por todo el cuerpo en rosada luz del fluido vital que absorbe y especializa, y eventualmente irradia, la persona sana.

Más brillante y lo que más fácilmente se percibe de todo, es el verdadero cuerpo astral en forma de aura que con sus vívidos y siempre cambiantes fulgores crónicos denota las emociones, sentimientos, afectos y deseos que de momento en momento predominan en el ánimo de un hombre.

Tras el aura o cuerpo astral está el cuerpo mental o aura de la mente inferior, de materia más sutil que la astral y cuyos colores, lenta y gradualmente cambiantes durante la vida del hombre, muestran la tónica de sus pensamientos y la disposición y carácter de su personalidad. Pero todavía más delicado e infinitamente más hermoso cuando está plenamente desenvuelto, es el cuerpo causal o mental superior, el vehículo del Ego cuya vivísima luz denota el grado de adelanto en que se halla en su tránsito de nacimientos en nacimientos. Más para ver las auras astral, mental y causal es necesario que el estudiante haya actualizado la visión en los respectivos planos.

Muchas dificultades evitará el estudiante si aprende a considerar dichas auras como la positiva manifestación del Ego en los respectivos planos y no como meras emanaciones. Ha de comprender que el huevo áureo es el verdadero vehículo del Ego, y no el cuerpo físico condensado en el plano terrestre. El cuerpo causal, constituido por materia de los tres sub-planos superiores del plano mental, es el vehículo o vestidura del Ego mientras permanece en el plano causal, o sea el conjunto de los tres sub-planos superiores del plano mental, y cuando para reencarnar desciende, se reviste de un cuerpo llamado mental por estar constituido de materia de los cuatro sub-planos inferiores del plano mental, y que le es necesario para actuar en ellos. Este cuerpo mental se llama también cuerpo devachánico.

Pero no se detiene en su descenso hacia la reencarnación, sino que tal plano propiamente mental desciende al astral, de cuya materia se forma un cuerpo llamado por lo mismo cuerpo astral, además de los ya poseídos cuerpos causal y mental. Finalmente desciende hasta el plano físico en donde asume un cuerpo de materia física.

Desde luego se comprende que estos cuerpos, o vehículos, o envolturas no están sobrepuestos como las prendas de vestir de una persona, sino que se interpenetran, de suerte que el cuerpo causal ocupa el centro a modo de núcleo y difunde sus radiaciones por toda la masa de las entreveradas modalidades de materia constituyente de los diversos cuerpos, de suerte que el Ego residente en el huevo áureo o cuerpo causal preside a todos ellos. (Remito al lector a mi obra “El Hombre Visible e Invisible”)

Como quiera que los cuerpos del hombre se interpenetran, se necesita mucho estudio y práctica para distinguirlos a primera observación. Sin embargo, el aura humana, o mejor dicho una parte de ella, suele ser uno de los objetos puramente astrales que primeramente percibe el observador inexperto, aunque arriesga interpretar erróneamente las indicaciones del aura.

El llamado doble etérico está constituido, según ya dijimos, por cuatro grados de materia física más sutiles que la gaseosa, pero mucho más densa que la astral, y por lo tanto es la parte más sutil del cuerpo físico, aunque invisible a la vista ordinaria. Si examinamos con las facultades psíquicas el cuerpo de un recién nacido, lo hallaremos permeabilizado o interpenetrado no sólo por materia astral de diversos grados de densidad, sino también por los varios grados de materia etérea; es decir, que observaremos el cuerpo astral y el doble etérico o parte etérea del físico; y si proseguimos la indagación, veremos que este doble etérico está formado por los agentes de los Señores del Karma, y es el molde a que ha de ajustarse la formación de la parte densa en el claustro materno. Pero el cuerpo astral es de formación automática del Ego al descender a la reencarnación y atravesar el plano astral. En la constitución del doble etérico intervienen los cuatro grados de materia física etérea; pero la proporción en que intervienen es muy variable y depende de varios factores, tales como la raza, sub-raza, karma individual y carácter del hombre.

Si tenemos en cuenta que los cuatro grados de materia etérea resultan de numerosas combinaciones que a su vez forman agregados que entran en la constitución del átomo del llamado elemento químico, hallaremos que el doble etérico es sumamente complejo sus posibles variaciones son prácticamente infinitas, de suerte que por extraño y complicado que sea el karma de un individuo, los agentes de los Señores del Karma pueden formar un molde al que se ajuste el cuerpo físico denso de conformidad con el karma del individuo.

En relación con el aspecto que ofrece la materia física desde el plano astral, se ha de advertir también que cuando la vista astral está plenamente actualizada es capaz de aumentar hasta el tamaño que se

desea la visión de las más menudas partículas físicas, como si se observaran con un ultramicroscopio muchísimo más amplificador de cuantos ha construido o pueda construir el más hábil óptico.

La molécula y el átomo postulados por la química son visibles realidades para el estudiante de ocultismo que los percibe mucho más complejos de lo que la ciencia los supone. También aquí se abre un dilatado campo de estudio de absorbente interés al que podría dedicarse todo un volumen; y si un investigador científico tuviera completamente actualizada la vista astral, no sólo tendría mayores facilidades de experimentación con los fenómenos ya conocidos, sino que se ampliaría enormemente el campo de sus conocimientos con nuevos fenómenos que necesitarían toda una vida para su completa observación.

Por ejemplo, una de las más hermosas novedades allegadas por el uso de la vista astral sería la percepción visual de colores existentes fuera de los límites del espectro solar, entre ellos los colores o rayos infrarrojos y ultravioletas que la ciencia descubrió por otros medios. Sin embargo, no hemos de encaminarnos por estas fascinantes veredas, sino contraer nuestros esfuerzos a dar una idea general del aspecto del plano astral.

Aunque, según dijimos, los ordinarios objetos del mundo físico forman el trasfondo de los sub-planos inferiores del plano astral, se perciben desde este plano muchas más características, de suerte que su verdadero aspecto difiere considerablemente del que nos es familiar en el mundo físico. Así, por ejemplo, una roca vista astralmente no es ya una inerte masa de piedra. Se ve de golpe toda la masa en vez de una pequeña parte de ella; son perceptibles las vibraciones de sus partículas físicas y se advierte la contraparte astral constituida por diversos grados de materia astral, cuyas partículas también están en constante vibración. Además, se ve cómo la vida universal circula por la masa y de ella irradia formando un aura de poca variedad y corta extensión, y cómo la interpenetra siempre activa y fluctuante la esencia elemental. Desde luego que las complicaciones son más numerosas en los reinos vegetal, animal y humano.

Podrá objetarse que la mayoría de los psíquicos que ocasionalmente

tienen vislumbres del plano astral, no aluden a semejantes complicaciones ni tampoco dan cuenta de ellas las entidades que se manifiestan en las sesiones espiritistas. Pero se desvanece fácilmente la objeción al considerar que son muy pocas las personas inexpertas, ya vivientes o desencarnadas, capaces de ver en el mundo astral las cosas como realmente son, pues se requiere para ello dilatada experiencia, y aun quienes tienen por completo actualizada la vista astral están a veces demasiado ofuscados y confundidos para comprender y recordar lo que perciben. Además, entre la exigua minoría de los que perciben y recuerdan pocos son los capaces de traducir el recuerdo al lenguaje de nuestro bajo mundo. Los psíquicos inexpertos nunca examinan científicamente lo que perciben en el mundo astral. Tan sólo reciben una impresión que puede ser verdadera, pero que también puede ser falsa y completamente alucinadora, sobre todo si consideramos las frecuentes tretas y ardidés de juguetones habitantes del mundo astral contra los cuales la persona inhábil suele estar absolutamente indefensa.

Por otra parte, se ha de tener presente que en circunstancias ordinarias, la generalidad de los habitantes del mundo astral, tanto humanos como elementales, sólo perciben los objetos astrales, pues la materia física es para ellos tan enteramente invisible como lo es la materia astral para la mayoría de la humanidad terrena. Sólo ven la contraparte astral de los objetos físicos, y esta distinción, aunque parezca insignificante, es muy esencial para la completa comprensión del asunto.

Si una entidad astral actúa constantemente valiéndose de un médium, sus sentidos astrales pueden ir perdiendo su agudeza hasta ser insensibles a las vibraciones de la materia de su propio plano, y únicamente a las de la del físico cuyos objetos percibirá entonces como nosotros los percibimos. Únicamente el que en esta vida terrena tiene del todo actualizada la vista astral y es plenamente consciente en ambos planos físico y astral, puede percibir clara y simultáneamente los objetos en ambos planos.

Por lo tanto, la complejidad existe y únicamente cuando se percibe y con espíritu científico se analiza hay completa seguridad contra todo

error.

En cuanto al séptimo e ínfimo sub-plano del plano astral, también es su trasfondo nuestro mundo físico; pero sólo se tiene de él una falsa y parcial visión, porque todo lo bello, bueno y luminoso permanece invisible. Hace cuatro mil años describió este lugar el papiro egipcio del escriba Ani, en los términos siguientes:

“¿Qué lugar es este a donde he venido? No hay agua ni aire. Es profundamente insondable; negro como la más negra noche, y los hombres vagan irremediabilmente errabundos. No puede el hombre vivir aquí con sosegado corazón”.

Para el infortunado ser humano que se halla en este plano astral es positiva verdad que “la tierra toda está llena de tinieblas y crueles moradas”. Pero las tinieblas surgen del interior del individuo, cuya existencia transcurre por lo mismo en una perpetua noche de horror y marginalidad. Es un verdadero infierno, aunque como todos los infiernos, creación mental del propio individuo.

Muchos estudiantes consideran tarea en extremo desagradable la investigación de este sub-plano astral, porque su densa y grosera materialidad es indescriptiblemente repulsiva para el liberado cuerpo astral que experimenta una sensación tan penosa como si atravesara un negro y viscoso fluido, con añadidura de que también los habitantes y las influencias son sumamente ingratos.

Los tres primeros sub-planos astrales, aunque ocupan el mismo espacio, son mucho menos materiales y dan la impresión de estar más alejados del mundo terrestre. Los habitantes de estos tres sub-planos ya no se preocupan del mundo físico ni de sus materiales pertenencias. Están por lo general profundamente ensimismados y crean su propio ambiente, lo bastante objetivo para que lo perciban otras entidades astrales y también los clarividentes.

Estos tres sub-planos constituyen indudablemente la “tierra de verano” o “país estival” de que tanto se oye hablar en las sesiones espiritistas, y sin duda que las entidades que de allí procedentes la describen, dicen la verdad en cuanto alcanza su comprensión.

En dichos tres planos las desencarnadas entidades humanas, a que

el vulgo de las gentes y los espiritistas llaman impropriamente “espíritus” constituyen con la imaginación sus temporarias casas, escuelas y ciudades por el momento de entera realidad, aunque el clarividente no las percibe tan bellas como a sus complacidos creadores les parece. Sin embargo, hay algunas de estas imaginarias creaciones de la mente, lo bastante hermosas para que quien no conozca nada mejor se recree paseando por bosques y montañas, huertos y jardines y por las orillas de apacibles lagos, de mucho mayor amenidad que cuanto se ve en el mundo físico, pues cada cual puede formarse su ambiente a medida del poder de su fantasía. En cuanto a las diferencias entre los tres sub-planos superiores del plano astral serán de más fácil explicación cuando tratemos de las entidades humanas que los pueblan.

Quedaría incompleta la descripción del escenario astral si no mencionáramos los impropriamente llamados “registros en la luz astral”. Estos registros, o anales, o archivos, o recuerdos, son de rigor una especie de materialización de la memoria de Dios, una vívida representación fotográfica de todo cuanto ha sucedido, pero están permanentemente impresos en un nivel muy superior al astral, y se reflejan más o menos espasmódicamente en el plano astral, de suerte que quien no tenga visión superior a la astral, sólo podrá obtener de los registros o archivos informes y datos incompletos y desconectados en vez de una narración coherente. Con todo, estas representaciones de los sucesos pasados se reproducen constantemente en el plano astral y forman una parte muy interesante del ambiente del investigador.

Para ulterior información sobre el particular, véase la obra “Clarividencia y Clariaudiencia.”

Habitantes Humanos del Plano Astral

Los habitantes humanos del mundo astral se dividen en dos secciones: los encarnados que todavía tienen cuerpo físico y los desencarnados o que ya no tienen cuerpo físico. También podemos considerarlos respectivamente vivientes y muertos en el mundo físico. Los primeros son los que durante la vida física pueden manifestarse en el plano astral, esto es, que son capaces de permanecer en uno y otro mundo. Se subdividen en cuatro clases, a saber: los adeptos y sus discípulos; el individuo psíquicamente desarrollado, pero no sujeto a la guía de un adepto; el individuo vulgar, y el mago negro y sus discípulos.

El Adepto y sus Discípulos

Las entidades pertenecientes a esta clase no emplean como vehículo el cuerpo astral, sino el mental constituido con materia de los cuatro sub-planos inferiores del plano mental. Tiene este vehículo la ventaja de permitir el instantáneo traslado del plano mental al astral y del astral al mental, y está adecuado al uso en todo tiempo de los potentes y agudos sentidos mentales.

Como quiera que la vista no percibe el cuerpo mental, el discípulo que actúa en el plano astral ha de aprender a revestirse de un velo de materia de este plano, a fin de hacerse visible a las entidades astrales y poderlas auxiliar más eficazmente. El Maestro forma este velo transitorio la primera vez que ha de usarlo el discípulo, y le enseña la manera de formarlo hasta que sabe formarlo pronta y desembarazadamente. Dicho velo, aunque reproduce con toda exactitud el aspecto externo de la configuración personal humana, no contiene nada de materia del cuerpo astral propio de la entidad, sino que es análogo a la materialización de una entidad astral en cuerpo físico.

En las primeras etapas de su desenvolvimiento, puede el discípulo actuar en el cuerpo astral; pero cuando un individuo penetra en el plano astral guiado por un competente instructor, con cualquiera de los dos vehículos tiene allí plena conciencia y es capaz de funcionar perfecta y fácilmente en todos los sub-planos. Es el mismo individuo, tal como sus parientes y amigos le conocieron en la tierra, excepto los principios inferiores al del vehículo que use, pero con los adicionales poderes y facultades propios de su alta condición, que le capacitan para efectuar más fácil y eficazmente durante el sueño del cuerpo físico la obra teosófica que embarga su mente en las horas de conciencia vigílica.

El recuerdo completo y exacto en el mundo físico, de cuanto hizo y aprendió en el plano astral, dependerá de su habilidad para transferir sin intermisión su conciencia de uno a otro mundo.

El investigador encontrará eventualmente en el plano astral, estudiantes de ocultismo de todas las partes del mundo, pertenecientes a logias o asociaciones que nada tienen que ver con los Maestros conocidos de los teósofos, y sin embargo son muchos de ellos ardorosos y abnegados investigadores de la verdad. No obstante, dichas logias o asociaciones conocen al menos la existencia de la Gran Fraternidad Blanca y saben que de ella forman parte los mayores adeptos conocidos hoy en la tierra.

El Psíquicamente Desarrollado que no está bajo la guía de un Maestro

El individuo puede o no estar desarrollado espiritualmente, porque el desenvolvimiento psíquico no va necesariamente unido al progreso espiritual. Las facultades psíquicas con que nacen algunos individuos son el resultado de esfuerzos realizados en una encarnación anterior, que pudieron ser de carácter nobilísimo y sumamente inegoísta, o por el contrario, torpes y mal dirigidos y aun completamente indignos.

Por lo tanto, podrá el psíquico ser perfectamente consciente al actuar fuera del cuerpo físico, pero por falta de adiestramiento se expone a tremendos engaños respecto a lo que percibe. Será capaz de

actuar en todos los sub-planos del astral, aunque generalmente se ve atraído a un sub-plano y rara vez transpone el límite de su influencia. El recuerdo de lo que ha percibido puede variar, según el grado de desenvolvimiento, por todas las etapas comprendidas entre la perfecta exactitud hasta la completa tergiversación o el completo olvido. Siempre se manifiestan los individuos de esta clase en el cuerpo astral, puesto que no saben actuar en el cuerpo mental.

El Individuo Vulgar

Carece de facultades psíquicas y flota vagamente en su cuerpo astral durante el sueño del físico en más o menos inconsciente condición. Durante el sueño profundo, el Ego con el cuerpo astral se retira del físico y permanece en su contigüidad, pero si el individuo está muy poco desarrollado psíquicamente, queda tan inactivo como el cuerpo físico. Sin embargo, en algunos casos, el cuerpo astral flota como en sueños a impulso de las corrientes astrales y eventualmente reconoce a otros Egos en la misma condición, y tiene experiencias agradables o desagradables, cuyo recuerdo irremediamente confuso y a menudo transmutado en grotesca caricatura de lo realmente ocurrido, es causa de que al despertar el individuo crea que tuvo un sueño muy extraño.

Todas las personas cultas de los países civilizados del mundo terrestre tienen hoy día bastante aguzado los sentidos astrales, de suerte que si se resolvieran a examinar las realidades que les rodean durante el sueño del cuerpo físico, serían capaces de observarlas y aprender mucho de ellas. Pero en la mayoría de los casos no tienen tal determinación y emplean la mayor parte de las noches en una especie de estéril estudio, meditando profundamente sobre cualquier pensamiento predominante en su mente cuando se quedaron dormidos. Poseen facultades astrales, pero apenas las usan, es decir, que están despiertos en el plano astral y, sin embargo, no se dan cuenta de que están allí, de suerte que sólo tienen una vaga percepción de lo que les rodea.

Pero cuando un hombre así llega a ser discípulo de un Maestro de Sabiduría, despierta súbitamente de su soñolienta condición, percibe

las realidades que en el mundo astral le rodean y procura aprovecharlas en estudio y en trabajo, de modo que sus horas de sueño ya no son ociosas, sino llenas de activa y útil ocupación, sin menoscabo del saludable reposo que demanda el fatigado cuerpo físico. (véase a este propósito la obra “Protectores Invisibles”)

Estos desprendidos cuerpos astrales son casi amorfos y de indefinidos contornos en los casos de las razas salvajes y de los individuos sin cultura; pero el cuerpo astral de los individuos mental y espiritualmente desarrollados está ya definido y tiene mucha semejanza con el aspecto del cuerpo físico.

Suele preguntarse qué, si la mayoría de los habitantes del mundo físico son gentes incultas de escaso desenvolvimiento mental y espiritual, y si el cuerpo astral de estas gentes es de tan vagos contornos, ¿cómo es posible reconocer en cuerpo astral al hombre groseramente vulgar? Para responder a la pregunta se ha de tener en cuenta que visto el cuerpo físico por un clarividente aparece rodeado de un aura o neblina luminosa, de configuración ovoide, que resalta del cuerpo físico en todas direcciones hasta la distancia de unos 45 centímetros. Todos los clarividentes coinciden en afirmar que esta aura es sumamente compleja y contiene materia de todos los planos correspondientes a la de los vehículos de que actualmente está provisto el hombre. De momento contraigámonos a considerar cómo percibe el aura un observador cuya superior facultad de visión sea la astral. Para semejante observador el aura observada contendría únicamente materia astral y le parecería de muy sencillo estudio. Sin embargo, advertiría que dicha materia astral, no sólo rodea el cuerpo físico, sino que lo interpenetra, y que en la periferia del cuerpo es la materia astral mucho más densa que en la zona áurica. Acaso provenga esta mayor densidad de la atracción de la gran cantidad de materia astral densa que forma la contraparte de las células del cuerpo físico; pero sea como sea, resulta indudable que la materia astral contigua a la superficie del cuerpo físico es mucho más densa que la de la zona áurica.

Cuando durante el sueño se retrae el cuerpo astral del físico, persiste el aura, y el clarividente percibirá dicho cuerpo astral como una forma

semejante al cuerpo físico, rodeada del aura. Esta forma estará entonces constituida tan sólo por materia astral, pero aún se distinguirá claramente la diferencia de densidades a pesar de ser toda la masa de materia astral.

Ahora bien; en cuanto a la diversidad de aspecto entre el del individuo inculto y el culto, si bien en el inculto son reconocibles siempre las facciones y la configuración, aunque borrosas, el aura no es más que un indefinido festón de neblina sin regularidad ni permanencia de contornos. En el hombre culto o algún tanto evolucionado es muy notable el cambio, tanto en la forma como en el aura. La forma es en este caso una más semejante reproducción del cuerpo físico y el aura tiene definidos contornos y no la alteran las variadas corrientes que a su alrededor se arremolinan en el plano astral. Como quiera que las facultades psíquicas de la humanidad están en curso de evolución y hay individuos en todas las etapas o estadios de desenvolvimiento, esta clase se va transfiriendo poco a poco a la anterior.

El Mago Negro y sus Discípulos

Esta clase se corresponde con la primera como lo negativo se corresponde con lo positivo y las tinieblas con la luz, pues el grado de desenvolvimiento es el mismo, pero con opuesta aplicación. El adepto o mago blanco aplica sus fuerzas al bien, mientras que el mago negro las aplica al mal, esto es, que las usa egoístamente en provecho propio en vez de emplearlas en beneficio de la humanidad.

Entre las diferentes categorías de magos negros figuran los miembros de la secta llamada Obeah o Vudú, cuyos horribles ritos practican algunos pueblos de raza negra. También son magos negros los curanderos o hechiceros de muchas tribus salvajes. Pero los magos negros de primera categoría, por su poderoso intelecto y en consecuencia más culpables, son los dugpas del Tíbet, o sea los pertenecientes a la subdivisión butanesa de la secta kargyu del budismo tibetano, según ha demostrado Waddell en su obra: *El Budismo en Tibet*. Ciertamente practican los dugpas la magia tántrica;

pero todavía los superan los de la secta ninmapa o del casquete rojo, y aún son más abyectos los de la secta bonpa o secuaces de la religión aborigen, que nunca han querido aceptar ninguna modalidad de budismo. La secta de los gelugpa es contumazmente maligna. Las demás no son necesariamente malas, sino más bien grises, porque hay en ellas mayor relajación en la rigurosidad de las prácticas, aunque también más individuos egoístas que entre los rigurosos reformadores del budismo.

Habitantes Humanos Muertos

Ante todo, conviene advertir que el calificativo de muertos dado vulgarmente a los seres humanos no vivientes ya en el mundo físico es en rigor absurdo, pues el ser humano siempre está vivo en uno o en otro mundo, y a menudo están mucho más vivos que nosotros los que llamamos muertos. Por lo tanto, este calificativo debe entenderse aplicado a los seres humanos que temporalmente carecen de cuerpo físico. Se subdividen en las nueve clases siguientes:

Los Nirmânakâyas

Esta clase es excepcional y sólo se menciona para completar la serie, porque es muy raro que tan excelsos seres se manifiesten en un mundo para ellos tan inferior como el astral. Cuando por alguna razón relacionada con su sublime obra, les conviene manifestarse en el plano astral, se elaboran previamente un cuerpo astral con la materia atómica del plano, así como el adepto en cuerpo mental se elabora un cuerpo astral, porque el suyo sería invisible en el mundo astral. Para ser capaces de actuar sin un momento de vacilación en cualquier plano, retiene el nirmânakâya un átomo de la materia de cada plano, que le sirve de núcleo en cuyo torno se agrupa la materia del respectivo plano cuando se han de elaborar con ella el cuerpo necesario para manifestarse en dicho plano.

Nota: Más amplia información de la actuación de los nirmânakâyas se hallará en la obra de Blavatsky “La Voz del Silencio”, y en la mía “Protectores Invisibles.”

Los Discípulos en espera de Reencarnación

Se ha expuesto en varios tratados teosóficos que cuando un discípulo llega a cierto grado de perfeccionamiento es capaz, con el auxilio de su Maestro, de eludir la acción de la ley natural que ordinariamente obliga a los desencarnados a obtener en el mundo celeste el resultado de la plena actualización de las fuerzas espirituales que con sus altas aspiraciones movilizaron durante su vida terrena.

Como quiera que el discípulo ha de ser un hombre de pura conducta y altos pensamientos, lo más probable es que sus fuerzas espirituales sean de extraordinaria intensidad, y si fuese al mundo celeste o devachán, su permanencia allí sería sumamente larga, por lo que se prefiere seguir el Sendero de Renunciación, imitando, aunque de humilde manera, el ejemplo del Insigne Maestro de la Renunciación, Gautama el Buda, de suerte que emplea toda aquella almacenada energía espiritual en beneficio de la humanidad; y así, por infinitesimal que su ofrenda sea, participa modestamente en la gran obra de los nirmânakâyas. Al proceder de esta manera no cabe duda de que renuncia a siglos de intensa felicidad; pero, en cambio, tiene la inmensa ventaja de continuar sin interrupción su vida de progresiva actividad.

Cuando un discípulo se decide a renunciar al devachán, se desprende definitivamente del cuerpo físico en vez de desprenderse de él interinamente como hasta entonces tan a menudo hiciera, y espera en el plano astral a que su Maestro le disponga una nueva encarnación. Como quiera que este procedimiento se aparta muchísimo del ordinario, es preciso recabar licencia de una altísima autoridad para realizarlo; y aunque se obtenga, es tan potente la fuerza de la ley natural, que el discípulo ha de tener sumo cuidado en mantenerse estrictamente en el nivel astral, pues si por un momento siquiera tocara el plano devachánico o mundo mental, quedaría arrastrado por la irresistible corriente de la normal evolución.

En algunos casos, por cierto muy raros, se le ahorran al discípulo las molestias de un nuevo nacimiento, infundiéndose en un cuerpo adulto cuyo poseedor ya no lo necesita; pero no siempre se encuentra un cuerpo a propósito en semejantes circunstancias. Lo más frecuente es que, como ya hemos dicho, espere el discípulo en el plano astral la eventualidad de un oportuno nacimiento. Pero entre tanto no pierde el tiempo, porque continúa siendo el mismo que siempre fue y es capaz de proseguir la tarea que su Maestro le encomendó aún más pronta y eficazmente que cuando actuaba en cuerpo físico, porque no tropieza con el estorbo de la posibilidad de fatiga. Actúa con plenitud de conciencia con igual facilidad en todos los sub-planos del astral.

No es el discípulo en espera de reencarnación una entidad muy frecuente en el mundo astral, pero se le encuentra ocasionalmente y por esto forma una de las nueve clases. Sin duda que según adelante la evolución humana y mayor número de individuos vayan entrando en el Sendero de Santidad, será más numerosa esta clase.

El Hombre Ordinario después de la Muerte

Desde luego que esta clase es millones de veces más numerosa que las ya citadas, y el carácter y condición de sus individuos varían entre límites enormemente distantes; y por lo tanto, también varía la duración de su vida astral, pues mientras algunos sólo permanecen allí unos cuantos días, y algunos tan sólo horas, otros están muchos años y aún siglos. Quien durante la vida terrena haya seguido una buena y pura conducta y cuyos más vivos sentimientos y aspiraciones hayan sido espirituales e inegoístas, no se aficionará al plano astral ni hallará en él gran cosa que le sirva ni que pueda ponerle en actividad durante el relativamente corto período de su estancia. Porque se ha de entender que después de la muerte del cuerpo físico, el Ego se retrae en sí mismo, y debe en cuanto le sea posible desechar también el cuerpo astral y pasar al mundo celeste, donde fructifiquen sus espirituales aspiraciones.

El hombre de noble conducta y puros pensamientos será capaz de hacerlo así porque subyugó durante la vida terrena las pasiones morbosas, dirigió su voluntad por superiores canales y le queda poca energía de siniestros deseos que haya de consumirse en el plano astral. Por tanto, su actuación allí será muy corta y lo más probable es que tenga una confusa conciencia hasta que caiga en el estado de sueño durante el cual el Ego se libre del cuerpo astral y entre en la beatífica vida del mundo celeste.

Para quien no ha entrado todavía en el Sendero de oculto desenvolvimiento, es un ideal cuanto acabamos de describir, pero no todos ni siquiera la mayoría llegan a realizar este ideal, pues la generalidad de las gentes no se libran de sus malos deseos antes de la muerte, y necesitan un largo período de más o menos plena conciencia

en los sub-planos del astral para que se extingan las fuerzas siniestras que engendró.

Todo ser humano ha de pasar después de la muerte física por todos los sub-planos del astral en su camino hacia el mundo celeste, aunque no se sigue de ello que haya de ser consciente en todos ellos. Así como es necesario que el cuerpo físico contenga en su constitución materia sólida, líquida, gaseosa y etérica, así también es indispensable que el cuerpo astral contenga partículas de todos los grados de materia astral, aunque las proporciones varían muchísimo en los diferentes casos.

Conviene recordar que junto con la materia de su cuerpo astral atrae el hombre la correspondiente esencia elemental y durante su vida esta porción de esencia elemental de disgrega de la masa circundante y forma una especie de elemental artificial con definida existencia propia, aunque temporal, y sigue el curso de su natural involución sin conocimiento de las conveniencias o intereses del Ego a que está adherido, de lo que resulta la perpetua lucha del alma con las incitaciones de la carne a que tan frecuentemente aluden los autores religiosos.

Sin embargo, aunque hay *“una ley en los miembros que se rebela contra la ley del espíritu”* – (Romanos 7:23) y aunque si el hombre cede a la ley de sus miembros en vez de reprimirla, entorpecerá gravemente su evolución, no se ha de considerar como un mal absoluto, porque en rigor es también una ley, una efusión de la divina energía que sigue su ordenado curso de involución hacia la materia densa, en vez del curso del Ego que va ascendiendo y separándose de ella.

Cuando al morir el cuerpo físico pasa el hombre al mundo astral, las desintegradoras fuerzas de la naturaleza comienzan a actuar sobre su cuerpo astral y el citado elemental tiene entonces existencia de peligrosa entidad separada. Por lo tanto, se apresta el hombre a la defensa y a mantener en cohesión el cuerpo astral tanto tiempo como le sea posible, para lo cual reordena la materia constituyente en una serie de capas, dejando en el exterior la más densa por ser la más resistente a la desintegración.

Permanece el hombre en este ínfimo sub-plano hasta desasir de él a su verdadero ser, y entonces concentra su conciencia en la siguiente capa constituida por materia del sexto sub-plano, esto es, que se transfiere a este sub-plano. De esta suerte van eliminándose del cuerpo astral las partículas de materia correspondientes al sub-plano del que ya se ha retraído el Ego por no sentir atracción por él, de modo que la densidad del cuerpo astral va disminuyendo a medida que sube de nivel, y únicamente se detiene cuando la densidad de su cuerpo astral es la misma que la de la materia del sub-plano. Así se explica que algunas entidades astrales que se manifiestan en las sesiones espiritistas adviertan que están a punto de elevarse a más altas esferas desde donde les será imposible o por lo menos muy difícil comunicarse mediúmnicamente; y, en efecto, es imposible que una entidad residente en el sub-plano superior del astral se comunique con un médium.

Así vemos que la permanencia del Ego en cualquier sub-plano del astral está precisamente en relación con la cantidad de materia que de dicho sub-plano contiene su cuerpo astral, y esta cantidad depende a su vez de la conducta que observó durante la vida terrena y los deseos que satisfizo. Por consiguiente, es posible que quien haya vivido de conformidad con la divina ley, con armónicas emociones y puros y altos pensamientos, tenga al morir el cuerpo físico muy corta cantidad en su cuerpo astral de materia de los sub-planos inferiores, de suerte que muy luego las fuerzas desintegrantes eliminarán dicha corta cantidad de materia grosera y podrá el Ego ascender hasta el sub-plano cuya densidad sea la misma que la de la mayoría de su cuerpo astral.

Si el individuo ha sido durante su vida terrena enteramente espiritual, su cuerpo astral será tan sutil que atravesará en rápida ascensión todos los sub-planos del astral y despertará conscientemente en el sub-plano inferior del mundo celeste o plano mental, llamado también plano devachánico.

Desde luego que, como quedó explicado anteriormente, los conceptos de ascensión, subida, paso, etc., son puramente convencionales, pues en realidad los planos y sub-planos no están

súper puestos ni escalonados como las capas de una cebolla o los peldaños de una gradería, sino que se interpenetran a pesar de la diferente densidad de sus materias como está interpenetrado el aire en el agua potable.

Así es que al decir que el Ego pasa de un sub-plano a otro no damos a entender que se mueva en el espacio, sino que enfoca su conciencia en aquel sub-plano.

En el ínfimo sub-plano del astral sólo permanecen los individuos que durante su vida terrena alimentaron pasiones siniestras y deseos brutales, los beodos habituales, los lujuriosos, avaros, egoístas y crueles. Permanecerán allí durante un tiempo proporcional a la intensidad de sus siniestras emociones, a menudo sufriendo terriblemente por el hecho de que sus torpes deseos son tan vivos como en la tierra y no pueden satisfacerlos, a menos que obsesionen a algún viviente en el mundo físico que alimente los mismos deseos y se valgan de su cuerpo físico para satisfacerlos.

Los individuos de honesta conducta, poco hallarán probablemente que les retenga en el ínfimo sub-plano del astral; pero si sus pensamientos y deseos durante la vida física se enfocaron tenazmente en las cosas materiales y en los intereses, se detendrán en el sexto sub-plano atraídos todavía por los lugares que frecuentaron y las personas con quienes más íntimamente convivieron.

De análoga índole son los sub-planos quinto y cuarto, pero ya no le atraen tan intensamente al desencarnado las cosas del mundo terrestre, y propende a modelar su ambiente en relación con la índole de su más persistente pensamiento.

En el tercer sub-plano advertimos que sus habitantes viven en imaginarias ciudades, aunque no cada individuo en la por él imaginada, sino en herencia y ampliación de las imaginativamente construidas por sus predecesores. Allí se encuentran iglesias, escuelas y casas de la tierra de verano o país estival tan a menudo descritas en las sesiones espiritistas; pero al observador viviente en la tierra que visita dicho sub-plano no le parecen semejantes construcciones tan reales y hermosas como las consideran sus creadores.

El segundo sub-plano parece la especial residencia del tartufismo religioso, de los clérigos y prelados egoístas y de nula espiritualidad que se ufanan de sus lujosos ornamentos y se jactan de ser la personal representación de la particular deidad de su país y de su época.

El primer sub-plano parece estar particularmente apropiado a quienes durante la vida terrestre se entregaron a investigaciones intelectuales de tipo materialista, no precisamente en beneficio de la humanidad, sino más bien por motivos de ambición egoísta o por deporte y entretenimiento intelectual. Tales individuos permanecen durante largos años en este primer sub-plano, gozosos en la resolución de sus problemas intelectuales, pero sin beneficiar a nadie, y adelantando muy poco en el camino hacia el mundo celeste.

Se ha de entender, según queda dicho, que la idea de espacio abierto no se ha de asociar en modo alguno con estos sub-planos. Una entidad desencarnada que actúe en uno de los sub-planos del astral, podrá trasladarse al punto de la atmósfera terrestre a donde le lleve su pensamiento; pero, no obstante, el traslado de lugar no será capaz de enfocar su conciencia en el sub-plano inmediatamente superior hasta cumplido el proceso de desasimilación ya explicado.

Esta regla no tiene excepción que sepamos, aunque naturalmente las acciones del hombre cuando se halla consciente en un sub-plano pueden, dentro de ciertos límites, acortar o alargar su relación con él.

Pero la intensidad de la conciencia de un individuo en determinado sub-plano no sigue invariablemente la misma ley. Por ejemplo, supongamos el caso extremo de un hombre que trajo de su anterior encarnación tendencias cuya manifestación requiere gran cantidad de materia del séptimo sub-plano astral, pero que en su presente vida tuvo ocasión de conocer en sus primeros años la posibilidad y necesidad de subyugar dichas tendencias. Es poco probable que tengan completo éxito sus esfuerzos para subyugarlas; pero si lo tuvieran, irían lentamente sustituyéndose por partículas finas las groseras de su cuerpo astral.

Este proceso sería muy lento y pudiera ocurrir que el individuo muriese antes de haberse sustituido por las finas la mitad de las

partículas groseras, por lo que aún quedaría bastante materia del ínfimo sub-plano en su cuerpo astral para obligarle a permanecer allí largo tiempo; pero también tendría en su cuerpo astral materia por cuyo medio no hubiese tenido el hábito de actuar en dicha encarnación, y como este hábito no se contrae de repente, el resultado fuera que el individuo permanecería en el ínfimo sub-plano hasta desintegrar la materia que de este sub-plano contuviera su cuerpo astral, aunque estaría inconsciente y como dormido sin que le afectasen las desagradables influencias del sub-plano.

Digamos de paso que la comunicación mutua de las entidades astrales está limitada, como en el mundo físico, por el conocimiento individual, es decir, que sólo se comunican y tratan y se relacionan entre sí los individuos que tienen las mismas ideas, el mismo idioma y las mismas simpatías, mientras que un discípulo es capaz de usar su cuerpo mental para comunicar sus pensamientos a las entidades humanas más fácil y rápidamente que en la tierra por medio de impresiones mentales.

La poética idea que considera la muerte como la niveladora universal es un absurdo nacido de la ignorancia, pues en la inmensa mayoría de los casos la pérdida del cuerpo físico no altera el carácter moral e intelectual del individuo, y de aquí que entre los habitantes desencarnados del mundo astral haya la misma variedad de mentalidades y moralidades que observamos en el mundo físico.

Las vulgares enseñanzas religiosas de Occidente respecto a la escatología humana, o como se dice en términos teológicos de los novísimos o postrimerías del hombre, han sido y siguen siendo tan inexactas, que aun individuos de clara inteligencia se encuentran terriblemente perplejos al recobrar la conciencia en el plano astral después de la muerte física. La condición en que se ve el recién llegado difiere tan radicalmente de cuanto se le enseñó a esperar, que muchos se resisten a creer que hayan muerto. Tan escaso valor práctico tiene la jactanciosa creencia vulgar en la inmortalidad del alma, que gran número de individuos considera el hecho de estar todavía conscientes, como una prueba absoluta de que no han muerto.

Además, a la horrible doctrina de las penas eternas se han de

achacar los lastimeros e infundados terrores que sobrecogen a los nuevamente llegados. En muchos casos, pasan largos períodos de agudo sufrimiento mental antes de verse libres de la funesta influencia de tan horrenda blasfemia, y convencerse de que el universo no está gobernado por el capricho de un demonio que se deleita en la angustia humana, sino por la benévola y paciente ley de evolución. Muchísimas entidades astrales de la clase que estamos considerando no tienen verdadero concepto de la evolución y pasan su vida astral con la misma indiferencia con que pasaron su vida física; y así, después de la muerte, como antes de ella, pocos se dan cuenta exacta de su situación ni saben sacar de ella el mayor provecho, mientras que muchos son los que no han logrado todavía este conocimiento, de modo que como siempre sucede, el ignorante no está dispuesto a escuchar el consejo ni a seguir el ejemplo del sabio.

Pero cualquiera que sea el grado de inteligencia de la entidad astral, fluctúa continuamente, porque la mente inferior está influida en opuestos sentidos por la naturaleza espiritual que actúa en los niveles superiores y las potentes fuerzas del deseo que actúan desde abajo. Por lo tanto, oscila la mente inferior entre las dos atracciones, aunque con siempre creciente tendencia hacia la naturaleza superior a medida que se van debilitando hasta extinguirse las fuerzas del deseo.

Aquí interviene una de las objeciones contra las sesiones espiritistas. Un individuo sumamente ignorante o muy degradado, podría aprender mucho y bueno, puesto en contacto con una reunión de personas estudiosas presididas por un instructor prestigioso; pero en la generalidad de los individuos de la clase que consideramos, la conciencia se está transfiriendo de la naturaleza inferior a la superior, y para que desde el mundo físico le ayuden a evolucionar es necesario distraer de su pasivo estado la naturaleza inferior y reavivarla para ponerla en contacto con un médium.

El peligro de esta comunicación se advierte al considerar que como el Ego se retrae en sí mismo, no es capaz de influir en la naturaleza inferior, que mientras no se separe completamente puede generar karma que, dadas las circunstancias, será con preferencia siniestro.

Aparte de la influencia que de un médium pueda recibir una entidad

astral, hay otra mucho más frecuente capaz de retardar el progreso de una entidad desencarnada en su camino hacia el mundo celeste. Esta siniestra influencia es la de la aguda e irreprimible pena que por la pérdida del ser amado experimentan sus parientes y amigos. Este es uno de los muchos tétricos resultados de la tremendamente equivocada e irreligiosa idea desde hace siglos dominante en Occidente acerca de la muerte, que no sólo ocasiona intenso e innecesario duelo por la temporaria separación de los seres amados, sino que la aguda afición de los que se quedan perjudica grandemente al que se marchó del lado de los suyos. Cuando nuestro desencarnado hermano, si cumplió como bueno durante la vida terrena se sume pacífica y naturalmente en la inconsciencia que precede a su despertar en los esplendores del mundo celeste, le perturban las vibraciones de los llantos, lamentos y gemidos que renuevan el recuerdo de las cosas del mundo que acaba de dejar.

Convendría que cuantos pierden temporalmente a un ser amado se convencieran del deber en que están, en beneficio del mismo ser amado, de reprimir su dolor, que, por natural que pueda ser, es esencialmente egoísta. No quiere esto decir ni mucho menos, que las enseñanzas ocultas aconsejen el olvido de los muertos; antes al contrario, afirman que el afectuoso recuerdo de los que ya salieron de este mundo es una fuerza que, acertadamente dirigida en el sentido del ferviente deseo de que llegue pronto al mundo celeste, le será sumamente provechosa, mientras que las quejumbrosas lamentaciones y los copiosos llantos no sólo son inútiles, sino perjudiciales. Con seguro instinto prescribe la religión hinduista las ceremonias fúnebres del *shraddha* y la Iglesia Católica las oraciones por los difuntos.

Sin embargo, sucede a veces que el deseo de comunicación proviene del desencarnado, por la necesidad en que se encuentra de advertir algo de excepcional importancia a los que dejó en la tierra, como, por ejemplo, el sitio donde está guardado un testamento que se cree perdido, aunque más a menudo el deseo de comunicación es trivial; pero sea como sea, si está firmemente arraigado en el ánimo del difunto, conviene que pueda realizarlo, pues de lo contrario la

ansiedad mantendría atraída constantemente su atención hacia las cosas de la tierra, estorbándole el paso hacia el mundo celeste. En tal caso un psíquico capaz de comprenderle o un médium que le sirva de instrumento de comunicación, podrán prestarle un verdadero servicio.

Acaso se pregunte por qué el difunto no puede hablar o escribir sin el auxilio de un médium. La razón es que un estado de materia sólo puede actuar sobre el estado inmediatamente inferior, y como el difunto no tiene en su organismo otra materia densa que la de su cuerpo astral, le es imposible provocar vibraciones sonoras en el aire ni mover un lápiz sin tomar prestada materia etérea, que es la inmediatamente inferior a la astral, con la que puede transmitir un impulso desde el plano astral al plano físico. No puede sustraer esta materia de una persona normal cuyos principios están íntimamente enlazados porque no dispone de medios suficientes para separarlos; pero como la característica de la mediumnidad es la fácil separación de los principios constituyentes del hombre, puede extraer sin dificultad de un médium la materia que necesita para manifestarse.

Cuando la entidad desencarnada deseosa de comunicación con los encarnados no encuentra un médium a propósito o no sabe cómo valerse de él, hace chapuceros y desatinados esfuerzos para comunicarse por su cuenta y la intensidad de su deseo pone en ciega actuación fuerzas elementales de que resultan las incoherentes manifestaciones del repiqueteo de timbres, lluvia de piedras, movimiento de muebles, etc. Si por acaso un psíquico o médium va a la casa donde semejantes manifestaciones se producen, puede ser capaz de averiguar qué entidad es la causante y recibir su comunicación, dando con ello fin a las perturbaciones. Sin embargo, no será siempre este el caso, pues las fuerzas elementales pueden ponerse en acción por varias causas.

La Sombra

Cuando el Ego con sus principios superiores se separa definitivamente del cuerpo astral, termina la vida astral y pasa al mundo o condición devachánica. Así como en la muerte física se

desprende el Ego del cuerpo físico, así en la muerte astral desecha el cuerpo astral, que también se desintegra como se desintegró el físico. Si el Ego se purificó completamente de todo deseo mundano y de toda pasión siniestra durante la vida terrena, y dirigió sus energías por la línea de la inegoísta aspiración espiritual, quedará revestido del cuerpo mental como externa envoltura, y el desechado cuerpo astral será un cadáver como un tiempo lo fue el desechado cuerpo físico.

Aun en el caso de un individuo que no haya sido tan virtuoso durante la vida física, se logrará casi el mismo resultado si las fuerzas de los siniestros deseos y pasiones se agotan durante la vida astral. Pero la inmensa mayoría de los humanos hacen tan sólo débiles y fríos esfuerzos durante la vida terrena para reprimir y rechazar los nocivos impulsos de su naturaleza inferior, y en consecuencia se condenan a una más prolongada estancia en el plano astral y también a la pérdida de una porción de su mente inferior.

Desde luego que esta frase es un método material de expresar el reflejo de la mente superior en la inferior; pero se tendrá más clara idea de lo que efectivamente sucede si adoptamos la hipótesis de que la mente envía una parte de sí misma a la personalidad de cada encarnación, y espera reintegrarla al fin de la vida terrena, enriquecida con todas sus variadas experiencias. Pero la mayoría de las gentes se esclavizan tan lastimosamente a sus bajos deseos, que una porción de su mente inferior se entreteje tan íntimamente con el cuerpo astral, que con él se separa del Ego. Por lo tanto, en este caso el desechado cuerpo no sólo constará de materia astral, sino también de las partículas de materia mental con ella entretejidas y que por decirlo así quedaron arrancadas de la mente inferior. La proporción de materia astral y materia mental inferior contenidas en el desechado cuerpo depende del grado en que la mente inferior se ha entretejido con las pasiones siniestras y bajos deseos. La combinación de ambas clases de materia es tan fuerte, que al pasar el desechado cuerpo por los subplanos del astral no puede separarse la parte mental. Así se pone en existencia una temporánea entidad llamada “La Sombra”, que no es en modo alguno el Ego o verdadero ser humano, que pasó al mundo celeste; pero que, no obstante, ofrece la misma apariencia de la

personalidad que tuvo en la tierra, y conserva su memoria y sus extremas características hasta el punto de que se puede confundir con la entidad real como en efecto suele confundirse en las sesiones espiritistas.

Desde luego que esta sombra no es capaz de personificación en el sentido de atribuirle conciencia; pero sus reminiscencias simulan la verdadera entidad y cabe suponer el horror de los parientes y amigos del desencarnado si supieran que la pretendida manifestación del ser querido no es más que un inanimado manojó de sus inferiores cualidades.

La duración de la sombra varía según la cantidad de materia mental que contiene, y como está en continuo proceso de desintegración, van debilitándose sus vibraciones, aunque por sintonización puede comunicarse substrayendo algo de la materia mental del médium que le sirve de instrumento. También por sintonización es capaz la sombra de que la afecten todas las corrientes malignas y por su propia índole es incapaz de responder a las corrientes armónicas. Por esta circunstancia se presta fácilmente a que la manejen en su provecho los magos negros de inferior categoría. Al desintegrarse la sombra, la materia mental que contuvo se entre funde con la masa del plano mental sin pasar a formar parte del cuerpo mental de ningún individuo.

El Cascaron

Es el cadáver astral en el último grado de desintegración, cuando ya no le queda ninguna partícula de materia mental. Carece por completo de inteligencia, porque le faltan las vibraciones de la materia mental y las corrientes astrales lo arrastran como nube empujada por el viento; pero si llega a ponerse en contacto con el aura de un médium, puede quedar momentáneamente galvanizado en una lívida carátula de vida, con los mismos rasgos fisonómicos de la persona a que perteneció y aun puede reproducir las expresiones familiares o muletillas y el carácter de letra de la persona desencarnada, por la automática acción vibratoria de sus partículas materiales que tienden a reproducir la

modalidad de acción a que estuvieron habituadas, y si acaso denota el cascarón algo de inteligencia, no es la de la verdadera entidad, sino la tomada sintónicamente del médium o del guía, según las circunstancias.

Sin embargo, el cascarón queda más frecuentemente vitalizado por el medio descrito al tratar de la sexta clase, y también tiene la propiedad de responder automáticamente a las vibraciones groseras a que estuvo acostumbrado en su existencia como sombra; y por tanto, los individuos en quienes predominen los siniestros deseos y morbosas pasiones estarán expuestos, si asisten a las sesiones espiritistas, a que se intensifiquen por la maligna influencia del cascarón, pues cada cosa atrae a su semejante.

También hay un cascarón etéreo o sea el cadáver de la parte etérea del cuerpo físico, que ha de desintegrarse como éste; pero entre tanto, no flota de aquí para allá como el cascarón astral, sino que permanece a unos cuantos metros de distancia del cadáver denso, y pueden percibirlo las personas muy sensitivas, de donde provienen los relatos de fantasmas y aparecidos en los cementerios. Un psíquico notablemente desarrollado verá en los cementerios de las ciudades populosas centenares de formas espectrales blanco azuladas de consistencia nebulosa que planean sobre las sepulturas donde yacen los cadáveres de que recientemente se desprendieron, y como también se hallan en proceso de desintegración no es muy agradable el espectáculo.

El cascarón etéreo carece asimismo de conciencia e inteligencia, aunque a veces, en determinadas circunstancias, se puede galvanizar en una horrible forma de vida temporánea, por influencia de los repugnantes ritos y ceremonias de la más abominable y nefanda especie de magia negra.

Así vemos que, en su marcha ascensional hacia el mundo celeste, el hombre desecha el cuerpo físico en sus dos partes, densa y etérea, y el cuerpo astral, que se van desintegrando, y su materia vuelve de nuevo a los respectivos planos para servir a la admirable química de la naturaleza.

El Cascaron Vitalizado

No debiera considerarse como humana esta ficticia entidad, pues sólo es el despojo insensible y pasivo del cuerpo astral de una entidad humana, aunque está vitalizado por el artificial elemental que lo anima, como creación de los malos pensamientos del hombre.

Trataremos de él más detenidamente al estudiar las entidades ficticias. Entre tanto sólo diremos que es a manera de un demonio tentador, de una maligna entidad cuya maligna influencia sólo está limitada por el alcance de su poder, y como la sombra, sirve de instrumento a las más abyectas modalidades de magia negra. Algunos tratadistas han dado a los cascarones astrales vitalizados la denominación de “elementarios”, pero como se han llamado también así varias otras entidades ficticias del plano astral, resulta un nombre muy ambiguo y vale más evitarlo.

Suicidas y Víctimas de Accidentes

Tácitamente se comprende que un individuo arrebatado de súbito a la vida física por suicidio o accidente en plena salud y vigor se hallará en el plano astral en condiciones muy distintas de las en que se encuentran los que mueren de vejez o enfermedad.

Cuando el individuo en estos últimos años tiene sobrado tiempo de prepararse a bien morir, seguramente se le debilitan los deseos por las cosas de la tierra, y al morir se habrían eliminado ya las partículas groseras de su cuerpo astral, de modo que se encontrará en el sexto o el quinto sub-plano o acaso en el cuarto, porque el reordenamiento ha sido gradual y sin bruscos choques.

Pero en el caso de muerte repentina por accidente o suicidio fulminante, el individuo no ha tenido tiempo de predisponerse a la muerte, y la violenta separación del Ego del cuerpo físico se ha comparado acertadamente al brusco arranque del hueso de una fruta verde. El cuerpo astral contiene todavía muchas partículas groseras, y en consecuencia el individuo desencarnado se encuentra al morir en el séptimo sub-plano del astral. Sin embargo, los que mueren de

accidentes y han observado durante toda su vida recta y noble conducta, no tienen tendencia al séptimo sub-plano, y por lo tanto pasan el tiempo que han de permanecer allí, según dice una primitiva carta sobre el asunto, “en feliz ignorancia y completo olvido, o en un estado de tranquila somnolencia henchida de rosados ensueños.”

Por el contrario, si el individuo muerto violentamente fue en vida egoísta, cruel y lujurioso, se encontrará en el séptimo sub-plano del mundo astral, e inflamado por sus siniestras e indomadas pasiones, arriesga convertirse en maligna y terrible entidad, mas como ya no tiene cuerpo físico por cuyo medio satisfacer sus groseros apetitos, se vale del de un médium o de una persona de frágil voluntad y muy sensitiva a la que pueda obsesionar, de suerte que se deleita en la práctica de todos los artificios ilusorios que aquel sub-plano pone a su disposición para inducir a los incautos vivientes en el mundo físico a cometer los excesos que tan funestos le fueron.

De la misma carta aludida entresacamos el siguiente pasaje referente a dichas entidades: “Estos son los pisacas, los demonios íncubos y súcubos mencionados por los escritores medievales, demonios de la lujuria y de la gula, de la avaricia y de la crueldad, de la astucia y la hechicería que inducen a sus víctimas a cometer horribles acciones y se huelgan en la comisión.”

A esta clase pertenecen los demonios tentadores a que aluden las religiones; pero su poder se estrella contra el broquel de una mente pura, un ánimo noble y una conducta impecable de alta espiritualidad, pues nada pueden contra un viviente en el mundo físico, a menos que haya alimentado los vicios que la entidad obsesionante trata de intensificar.

Un psíquico que haya actualizado la visión astral, verá bandas de estas desgraciadas entidades rondando en torno de los mataderos y carnicerías, de los tabernuchos, de los prostíbulos y otros lugares de los barrios bajos de las ciudades en dónde hallan el grosero ambiente en que se gozan, y se ponen en invisible contacto con vivientes de su misma calaña mental.

Para una de estas entidades es tremenda desgracia el encuentro con

un médium de su misma índole, porque no sólo prolongará enormemente la duración de su deplorable vida astral, sino que irá generando indefinidamente mal karma y preparándose para una futura encarnación en desastrosas condiciones, con más el riesgo de perder gran parte de su poder mental. Pero si tiene la fortuna de no encontrar ningún médium ni persona sensitiva a quienes obsesionar, sus vicios y deseos pasionales se irán consumiendo lentamente por falta de satisfacción, y el sufrimiento que le cause este proceso llegará probablemente a agotar el mal karma de la vida pasada en la tierra.

La situación del suicida es más complicada porque su acto menoscaba enormemente el poder del Ego de llevarse consigo los principios inferiores, y por lo tanto lo expone a múltiples y ulteriores peligros; pero se ha de considerar que el suicidio admite muchos grados, desde el moralmente intachable de Sócrates y Séneca, hasta el nefando crimen del malvado que se quita la vida para eludir las consecuencias de sus viles fechorías.

Conviene advertir que tanto las entidades de esta clase como las sombras y los cascarones vitalizados son los que se llaman vampiros menores, porque para prolongar su existencia siempre que se les depara ocasión absorben o chupan la vitalidad de los vivientes a quienes obsesionan y aun a los que están en su esfera de influencia. De aquí que tanto el médium como los circundantes salgan debilitados de una sesión espiritista. Al estudiante de ocultismo se le enseña la manera eficaz de contrarrestar y vencer tan malignas influencias, pero sin este conocimiento es muy difícil evitarlas, y quien se coloque en su campo de fuerza quedará más o menos influido por ellas.

Vampiros y Lobos

Aunque estas dos entidades difieren notablemente en varios aspectos, las clasificamos juntas, porque tienen en común cualidades de indecible horror y sumamente raras, como repugnantes anacronismos y espantosas reliquias de las razas primitivas, cuando el hombre y su ambiente no eran lo que son ahora.

Los individuos de la quinta raza raíz hemos ya trascendido por

evolución la posibilidad de merecer tan espantoso destino como el representado por los vampiros y lobos; y así es que cuanto se refiere a ambas entidades se considera hoy vulgarmente como fábulas y leyendas medievales; pero aun hoy se conocen casos aislados, sobre todo en los países que como Rusia y Hungría conservan sangre de la cuarta raza raíz.

Desde luego que las populares leyendas acerca de estas dos entidades son muy exageradas, pero no deja de haber un fondo de verdad en las consejas y cuentos que pasan de boca en boca entre los campesinos de la Europa central. Las generales características de semejantes cuentos son demasiado conocidas para que necesiten algo más que una pasajera referencia, y ejemplo típico de ellos es la *Carmilla* de Sheridan. En la obra de Blavatsky *Isis sin velo* se encuentra una descripción de los vampiros.

Los lectores de las obras teosóficas se darán cuenta de la posibilidad de que un hombre haya sido en vida tan abyecto y degradado, tan brutalmente egoísta, que su cuerpo mental inferior esté empapado de sus pasionales deseos y se separe del Ego. Algunos ocultistas suponen que este caso es más frecuente de los que parece y que se encuentran numerosas de estas formas desalmadas; pero afortunadamente no es cierta tal suposición. Para llegar al grado de abyección correspondiente al profundo hundimiento de la maldad que acarrea la pérdida de la personalidad y la debilitación de la evolucionante individualidad, sería necesario que el hombre sofocara todo vislumbre de inegoísmo o de espiritualidad sin el más mínimo punto de contrición redentora; y cuando advertimos que aun en los individuos más viles hallamos algo no enteramente malo, hemos de convenir en que están en exigua minoría las personalidades abandonadas por el Ego. Sin embargo, aunque pocas, las hay, y de ellas provienen los cada vez más raros vampiros.

La abandonada personalidad, incapaz de permanecer en el plano astral, se verá irresistiblemente arrastrada en plena conciencia a “su propio lugar”, a la misteriosa octava esfera, donde se desintegra después de pasar por experiencias que vale más no describir. Pero si el hombre murió por suicidio y sabe algo de magia negra, puede en

determinada circunstancia eludir tan horrible destino por la lívida existencia del vampiro. Como quiera que no puede ir a la octava esfera hasta la desintegración del cuerpo físico, lo mantiene en una especie de catalepsia por el horrible medio de transfundirle la sangre substraída de otros seres humanos por medio de su semimaterializado cuerpo astral, y así demora su final destino mediante la perpetración de numerosos asesinatos. Contra ello hay el remedio de exhumar y quemar el cadáver para privar al vampiro de su punto de apoyo. Al abrir la sepultura, el cadáver suele aparecer todavía incorrupto, como si estuviese fresco y lozano, y el ataúd está en muchos casos lleno de sangre. En los países donde prevalece la costumbre de incineración del cadáver en el horno crematorio es imposible esta especie de vampirismo.

El lobo, aunque igualmente horrible que el vampiro, resulta de un karma algo diferente, y en rigor debiera incluirse entre los habitantes vivientes en el mundo físico que visitan el plano astral, pues siempre se manifiesta por vez primera el lobo durante la vida física del hombre, y supone invariablemente el conocimiento de la magia negra para ser capaz de proyectar el cuerpo astral.

Cuando por arte mágica de negra índole, proyecta así el cuerpo astral un hombre refinadamente cruel y malvado, es posible que se apodere de él otra entidad astral y lo materialice en forma de animal salvaje, que generalmente es el lobo, y en esta condición vagará por el país matando a otros animales y si le es posible a personas humanas para satisfacer no sólo la sed de sangre que le atraiga, sino también la de las malignas entidades que lo impulsan.

En estos casos, como sucede en la ordinaria materialización, cualquier lesión inferida a la forma animal se reproducirá en el cuerpo físico humano por el fenómeno de la repercusión, aunque después de la muerte del cuerpo físico, el astral, que tendrá probablemente la misma forma, será menos vulnerable, pero también menos peligrosa, a no ser que halle a su alcance algún médium capaz de materializarlo completamente. Es probable que en la manifestación de estas formas haya algo de materia etérea, gaseosa y líquida substraída del cuerpo físico, como sucede en algunas materializaciones. En todo caso, este

cuerpo fluídico es capaz de apartarse del cadáver a mucha mayor distancia de la que de otro modo le fuera posible a un vehículo que contenga cierta cantidad de materia etérea.

Costumbre y moda de la época, es burlarse de las que llama necias supersticiones de ignorantes aldeanos; pero tanto en los casos anteriores como en muchos otros, el estudiante de ocultismo se convence tras detenido examen de que en los al parecer fantásticos relatos y leyendas absurdas subyacen enigmáticas u olvidadas verdades de la naturaleza y es en consecuencia tan cauto en rechazarlos como en aceptarlos.

Quienes se propongan explorar el mundo astral no han de temer el encuentro de estas repugnantes entidades, porque son ahora sumamente raras y según pase el tiempo irá disminuyendo aún más su escaso número. En todo caso, su manifestación se contrae a las inmediaciones del cadáver del que fue su cuerpo físico, como cabe suponer de su extremada índole material.

El Mago Negro y Sus Discípulos

Esta entidad corresponde al extremo opuesto de la escala en que se halla el discípulo en espera de reencarnación; pero en el caso del mago negro, en vez de recabar licencia para emplear un método extraordinario de progreso, desafía el natural proceso de la evolución, manteniéndose en la vida astral por medios de la más horrible índole.

Fácil sería establecer varias subdivisiones de esta clase según su objeto, sus métodos y la posible duración de su existencia en el mundo astral; pero como no son agradables temas de estudio y todo cuanto le conviene saber al estudiante es la manera de evitar el encuentro de estas entidades, será más interesante pasar al examen de otra parte de nuestro estudio. Baste saber que toda entidad humana que se esfuerce en prolongar su vida astral más allá de sus naturales límites ha de hacerlo a costa de la vitalidad substraída a otros seres humanos.

Habitantes No Humanos

Aunque es evidente aun a la más somera observación que muchas de las naturales disposiciones de la tierra que más cercanamente nos afectan, no están destinadas a nuestra comodidad ni a nuestro provecho, era inevitable que la humanidad en su infancia creyera que el mundo físico y cuanto contiene existía únicamente para su propio uso y beneficio; pero con seguridad que ya debíamos haber desechado tan infantil ilusión y estar convencidos de cuál es nuestra verdadera posición y los deberes a ella correspondientes.

Sin embargo, la mayoría de la humanidad persiste en el engaño, como lo demuestran las gentes multitud de veces en su vida diaria, sobre todo por la fría crueldad con que muchos que se jactan de civilizados y cultos tratan al reino animal, bajo la excusa de deporte.

Desde luego que aun el más novicio en el estudio de la santa ciencia oculta sabe que toda vida es sagrada y que sin compasión universal no cabe positivo progreso; pero al adelantar en el estudio descubre cuán múltiple es la evolución, y cuán pequeña relativamente la parte que desempeña la humanidad en la economía de la naturaleza. Entonces advierte el estudiante que así como la tierra, el aire y el agua mantienen miríadas de forma de vida que invisibles a simple vista nos las muestra el microscopio, así también el mundo astral en sus diversos sub-planos está poblado densamente por numerosos habitantes de cuya existencia estamos de ordinario completamente inconscientes.

Según adelanta el estudiante en conocimiento, acrecienta la certeza de que de un modo u otro se aprovechan rigurosamente todas las posibilidades de evolución; y que cuando parezca que en la naturaleza se desperdicia una fuerza o se pierde una oportunidad, no falla por ello el plan del universo, sino que nuestra ignorancia no acierta a ver el método y la intención de la naturaleza.

Para la consideración de los habitantes no humanos del plano astral conviene prescindir de aquellas primitivas formas de la vida universal

que están evolucionando de una manera apenas comprensible para nosotros mediante la sucesiva agrupación de átomos, moléculas y células, pues si hubiésemos de comenzar por los reinos elementales, habríamos de incluir en el orden de habitantes no humanos del mundo astral un enorme número que sólo podría estudiarse someramente, ya que cualquier explicación detallada de ellos podría llevar este manual a tamaño de una enciclopedia.

El más conveniente medio de ordenar los habitantes no humanos del mundo astral es dividirlos en cuatro clases, advirtiendo que cada una de estas clases no es una menor subdivisión, sino que abarca generalmente un reino de la naturaleza tan vasto como el vegetal o el animal. Algunas de estas clases son inferiores al hombre, otras lo igualan y también las hay que lo superan en bondad y poder. Varias de ellas pertenecen a nuestra línea de evolución; es decir, que han sido o serán hombres. Otras evolucionan según su propia y peculiar línea.

Antes de proceder al estudio de estas cuatro clases, conviene advertir que hemos prescindido de dos órdenes de entidades. No hablaremos de la ocasional manifestación de altísimos Adeptos procedentes de otros planetas de nuestro sistema solar ni de los todavía más excelsos visitantes provenientes de lejanísimas distancias, porque estos temas no son propios de un tratado destinado a pública lectura, sin contar con que es prácticamente

Inconcebible, aunque teóricamente posible que tan altísimas Entidades necesiten manifestarse en la bajeza del mundo astral. Si por alguna razón quisieran manifestarse en él, se elaborarían un temporáneo cuerpo de la materia del plano astral terrestre, como hemos visto en el caso de los nirmânakâyas.

Por otra parte, también prescindiremos de otras dos grandes evoluciones no humanas que actualmente comparten con la humanidad el uso del planeta terrestre, y sobre las cuales está prohibido dar referencias, porque por ahora ni las entidades de esas dos grandes evoluciones han de conocer la existencia del hombre ni tampoco el hombre ha de conocer cuáles son. Si acaso nos ponemos en inconsciente contacto con ellas ha de ser en el plano físico, pues su estancia en el astral es muy fugaz y depende de un rarísimo accidente

en un acto de magia ceremonial que afortunadamente sólo saben practicar los hechiceros de elevadísima categoría. Sin embargo, dicho accidente ha ocurrido al menos una vez y puede repetirse, de modo que si no fuese por la prohibición mencionada habríamos de incluir a dichas dos evoluciones en nuestra clasificación.

La Esencia Elemental perteneciente a nuestra Evolución

Así como el nombre de “elementarios” se ha dado inconsiderablemente por varios autores a toda clase de posibles condiciones del hombre después de la muerte física, así también se ha dado con la misma ligereza el nombre de “elemental” a todo espíritu no humano, desde el Deva de más divinos atributos, pasando por los espíritus de la naturaleza, hasta llegar a la amorfa esencia constituyente de los reinos inferiores al mineral. De aquí resulta que después de leer el estudiante varios tratados quedan confuso y perplejo ante las contradicciones que advierte entre los autores. Para el estudio de nuestro tema se ha de entender que la esencia elemental es un nombre aplicado durante ciertas etapas de su evolución a la esencia monádica que a su vez puede definirse diciendo que es la efusión de la energía divina en la materia.

Estamos familiarizados con la idea de que antes de llegar esta energía divina a la etapa de individualización que animó al hombre, había ya animado sucesivamente seis fases de evolución que fueron los tres reinos elementales, el mineral, el vegetal y el animal. A la esencia monádica se la llama esencia elemental cuando pasa por los tres reinos inferiores al mineral, y algunos tratadistas la han designado al pasar por los tres reinos superiores a los elementales con los respectivos nombres de mónada mineral, mónada vegetal y mónada animal; pero estas denominaciones son también deficientes, porque antes de llegar al reino mineral ya la energía divina ha constituido no una, sino muchas mónadas. Pero la palabra mónada se adoptó para dar a entender que aun cuando ya se había diferenciado la esencia monádica no había llegado aún a la etapa de individualización.

Repetimos que a la esencia monádica se la llama esencia elemental mientras pasa por los tres reinos inferiores al mineral, llamados por lo mismo elementales; más para comprender su naturaleza y modo de manifestación es necesario saber cómo el espíritu desciende y se infunde en la materia.

Se ha de recordar que cuando el espíritu residente en un plano, sea el que sea, quiere descender o transferir su conciencia al plano inmediatamente inferior se ha de revestir de un cuerpo de la materia peculiar de este otro plano. Para mejor explicación supongamos que el espíritu está en el plano Nro. 1 y quiere pasar al plano Nro. 2. Habrá de revestirse de un velo de la materia propia del plano Nro. 2. Si de este plano quiere pasar al Nro. 3, habrá de revestirse de un velo de materia propia del plano Nro. 3 y si del 3 quiere pasar al 4 se revestirá de un velo de materia del plano Nro. 4. Así tendremos que en el plano Nro. 2 ya no estará el espíritu en la misma condición en que estaba en el plano Nro. 1, ni en el Nro. 3

estará en la misma condición que estaba en el Nro. 2 y así sucesivamente, de suerte que al llegar al plano Nro. 4, ese espíritu será como un átomo revestido de tantas envolturas, velos o cuerpos como planos haya descendido, pues al descender a un plano conserva el velo, cuerpo o envoltura de que necesitó revestirse para pasar al plano anterior, y como quiera que este proceso se repite en todos los sub-planos de cada plano, cuando el espíritu o chispa divina o mónada llega al plano físico se halla tan tupidamente velada que no es extraña la negación de la existencia del alma por parte de los materialistas.

Supongamos ahora que el espíritu, mónada o esencia monádica diferenciada ha llegado en sus sucesivos revestimientos hasta el sub-plano atómico del plano mental y que en vez de ir pasando por los otros seis sub-planos del plano mental da como si dijéramos un salto y súbitamente se reviste de materia del sub-plano atómico del plano astral. Semejante combinación sería la esencia elemental del plano astral correspondiente al tercer reino animal, o sea el inmediatamente inferior al reino mineral. En el transcurso de sus dos mil cuatrocientas diferenciaciones en el plano astral atraen la mónada varias combinaciones de la materia de los otros seis sub-planos del plano

astral, aunque estas combinaciones son transitorias y sólo queda el espíritu revestido de materia atómica mental que se manifiesta por medio de la materia atómica del plano astral.

El segundo reino elemental funciona en los sub-planos no atómicos del plano mental, pero por de pronto no hay para qué referirse a ellos.

Por lo tanto, llamar elemental a la clase que estamos considerando induce a un error, pues en realidad no hay tal cosa. Lo que hallamos es una vasta masa de esencia elemental, admirablemente sensitiva al más efímero pensamiento humano, y responsiva con inconcebible delicadeza en una infinitesimal fracción de segundo a la vibración con que la afecte el inconsciente ejercicio del deseo o de la voluntad humana; pero desde el instante en que por influencia de tal pensamiento o del ejercicio de voluntad se plasma en una fuerza viva o en algo que en verdad pueda calificarse de elemental, cesa desde luego de pertenecer a la clase que consideramos y pasa a ser un habitante artificial cuya separada existencia no tarda en desvanecerse en cuanto se agota el impulso recibido y se sume en la indiferenciada masa de la particular subdivisión de esencia elemental de que provino.

Sería enojoso el intento de catalogar estas subdivisiones, y aunque las catalogáramos sería inteligible el catálogo excepto para los capaces de compararlas cercanamente entre sí. No obstante, es posible tener idea de las principales líneas de clasificación que acaso resulten interesantes. En primer lugar, vemos la numerosa división que ha dado su nombre a los elementales, clasificados según el estado de la materia en que habitan. En este punto se muestra como de costumbre el carácter septenario de la evolución humana, porque hay siete grupos de entidades relacionadas con los siete estados de la materia física que según los alquimistas medievales estaban simbolizados en la tierra, agua, aire y fuego, pero que según la verdadera interpretación son los estados sólido, líquido, gaseoso y en cuatro grados etéricos.

Añeja costumbre es desdeñar despectivamente la supuesta ignorancia de los alquimistas medievales, porque llamaron “elementos” a substancias que la moderna química descubrió que estaban compuestas; pero al tratarlos tan ligeramente se ha cometido con ellos una gran injusticia, porque su conocimiento sobre el

particular era mucho más amplio que el nuestro, pues sabían que todas las formas de materia provenían de un solo elemento, tal como ha comprobado la química moderna al reconocer la unidad esencial de la materia.

Lo cierto es que los análisis de los despreciados alquimistas eran más profundos que el nuestro. Conocieron la existencia del estado etéreo de la materia que la ciencia moderna ha de admitir como una necesidad para la explicación de sus teorías.

Conocieron los alquimistas los cuatro grados etéreos de la materia física, que con el gaseoso, el líquido y el sólido, constituyen los siete del plano físico, y sabían que todos los objetos físicos están constituidos por materia de uno u otro de dichos siete estados, que en mayor o menor cantidad entran todos en la composición de los organismos vivientes, sin que la ciencia haya podido redescubrir los cuatro éteres.

Pudieron o no los alquimistas medievales conocer los cuerpos simples que en su época se desconocían y que algunos fueron descubiertos por ellos, pero es evidente que los alquimistas emplearon la palabra “elementos” en el sentido de “partes constituyentes” y no en el de sustancias indescomponibles.

Nota: En la fecha en que se publicó la primera edición de esta obra sólo conocía la química unos 60 cuerpos de los que llama simples o elementos; pero hoy día se conocen 118, el último descubierto es el oganesson.

También sabían que cada uno de los siete estados de materia servía de base de manifestación a una gran clase de evolucionante esencia monádica, a la que denominaron por ello esencia elemental.

De lo expuesto se infiere que, en cada partícula de materia sólida, mientras permanece en esta condición, reside, según la pintoresca fraseología de los alquimistas, un elemental terrestre; es decir, cierta cantidad de esencia elemental viva, apropiada a la partícula. De la propia suerte, en las partículas líquidas, gaseosas y etéreas, o, según los alquimistas, en el agua, aire y fuego, residirán los respectivos elementales.

Se observará que esta extrema división del tercer reino elemental está, por decirlo así, extendida en sentido horizontal, pues la

diferencia de densidad material entre sus clases se establece por grados casi imperceptibles, y aun cada clase podría dividirse horizontalmente en otras siete, por la multitud de grados de densidad entre sólidos, líquidos y gases.

Sin embargo, también hay lo que podría llamarse una división perpendicular, mucho más difícil de comprender, sobre todo por la gran reserva de los ocultistas respecto a fenómenos que requerirían más amplia explicación. Para mostrar lo que de ello puede saberse diremos que en cada una de las clases y subclases horizontales se encuentran siete tipos perfectamente distintos de elementales cuya diferencia no consiste en grados, sino en su carácter y afinidades.

En cada tipo se encuentran siete subtipos que se distinguen por la coloración que les da la influencia que más fácilmente los afecta. Cada tipo es capaz de reaccionar sobre los demás, aunque no pueden intercambiar su esencia.

Se advertirá que estas divisiones y subdivisiones perpendiculares difieren por completo de las horizontales, y son más permanentes y fundamentales, pues mientras la evolución del reino elemental consiste en pasar con casi infinita lentitud sucesivamente por sus varias clases y subclases horizontales, y pertenecer por turno a todas ellas, los tipos y subtipos permanecen inalterables durante todo el paso de la esencia elemental.

Para comprender la evolución elemental es necesario tener en cuenta que se efectúa en el arco descendente y por lo tanto progresa hacia la completa caída en la materia que acontece en el reino mineral, de suerte que para la esencia monádica o elemental, el progreso significa descenso a la materia, en vez de ascenso a los planos superiores.

Nota: El ascenso de la materia elemental o efusión de la energía divina en la materia se llama involución.

Mientras el estudiante no comprenda bien esta idea será presa de perplejidades y anomalías, pues aun a los ocultistas les cuesta acostumbrarse a la extraña apariencia de inversión con que aparece a su vista.

A pesar de tan múltiples subdivisiones de esta extraña esencia viva, todas ellas poseen algunas propiedades comunes, pero tan diferentes de las que nos son familiares en el plano físico, que es sumamente difícil explicarlas a quien no las ve en acción.

Cuando una porción de esencia elemental permanece durante algunos momentos sin que la afecten externas influencias (lo que, dicho sea de paso, raramente se realiza), carece de forma definida, aunque su movimiento es todavía rápido e incesante; pero a la más mínima perturbación provocada acaso por alguna pasajera corriente mental, asume una desconcertante confusión de movibles y siempre cambiantes formas que surgen y desaparecen con la rapidez de las burbujas en la superficie del agua hirviente.

Estas evanescentes formas, aunque generalmente asumen las de seres vivos de alguna especie, humana o no, son manifestación de la existencia de separadas entidades en la esencia elemental a manera de las cambiantes y múltiples ondas que levanta una turbonada en las aguas de un tranquilo lago. Parece como si fueran meros reflejos del vasto océano de luz astral, pero tienen cierta relación con la índole de la corriente mental que las pone en existencia, aunque casi siempre con alguna grotesca distorsión y espantable o repugnante aspecto.

Cabe preguntar qué inteligencia actúa en la selección de una forma apropiada o contrahecha. No tratamos de los potentes y longevos elementales creados por vigorosos y definidos pensamientos, sino simplemente nos ocupamos en el resultado producido por las corrientes de frívolos y medio involuntarios pensamientos emitidos por el cerebro de las gentes. Por lo tanto, la inteligencia a que nos referimos no deriva de la mente del pensador y seguramente que no podemos atribuir cualidades mentales a la esencia elemental que pertenece a un reino todavía más distante de la individualización que el mineral, aunque posee una maravillosa adaptabilidad que suele aproximarse mucho a la inteligencia y no cabe duda de que a causa de dicha aptitud se calificaron en uno de los primitivos tratados teosóficos a los elementales de “semi-inteligentes criaturas de la luz astral”. Ya encontraremos ulterior prueba de la referida aptitud al tratar de los elementales ficticios o artificiales. El calificativo de bueno

o malo, dado a un elemental, denota que se trata de una entidad artificial o de una de las muchas variedades de espíritus de la naturaleza, porque los reinos elementales no admiten los conceptos de bueno y malo.

Sin embargo, hay indudablemente en casi todas las subdivisiones de elementales la tendencia a mostrarse más bien hostiles que favorables al hombre. Todo neófito lo sabe por experiencia, pues en la mayor parte de los casos su primera impresión al visitar el plano astral es la de la presencia en su alrededor de una numerosa hueste de proteicos espectros que hacia él avanzan en actitud amenazadora, pero que siempre retroceden o se desvanecen sin hacer el menor daño, si se les da en rostro valerosamente. De esta hostil propensión deriva el repulsivo o contrahecho aspecto que asumen, y los autores medievales nos dicen que el hombre ha de agradecer su existencia. En la edad de oro la humanidad era menos egoísta, más espiritual, y los llamados elementales se mostraban amigos del hombre; pero ahora se han enemistado con él porque trata con indiferencia, antipatía o crueldad a los otros seres vivientes.

De la admirable delicadeza con que la esencia refleja nuestros pensamientos y deseos, se infiere que el tercer reino elemental es en conjunto lo que el colectivo pensamiento de la humanidad hace de él.

Al considerar cuán bajo de nivel es aún el pensamiento colectivo de la humanidad no es extraño que el hombre coseche lo que sembró; y así la esencia elemental que careciente de la facultad de percepción, recibe ciegamente y refleja cuanto sobre ella se proyecta, denota generalmente hostiles características.

No cabe duda que en las futuras rondas y razas, cuando la humanidad alcance más alto nivel, los reinos elementales recibirán la incesante influencia de pensamientos armoniosos, y se mostrarán dócilmente auxiliares como también lo será el reino animal.

A pesar de cuanto haya sucedido en el pasado es evidente que podemos esperar otra edad de oro cuando la mayoría de los hombres sean magnánimos e inegoístas y reciban la voluntaria cooperación de las fuerzas de la naturaleza.

La circunstancia de que el hombre sea tan fácilmente capaz de influir en los reinos elementales, denota la responsabilidad que hacia ellos le incumbe en la manera de usar dicha influencia, y cuando consideramos las condiciones en que existen dichos reinos, es evidente que el efecto producido en ellos por los pensamientos y deseos de todo ser inteligente, ha de tenerse en cuenta como un factor de la evolución de nuestro sistema.

No obstante, las firmes enseñanzas que sobre el particular dan las principales religiones del mundo, todavía la masa general de la humanidad no advierte que también delinquen y son responsables los pensamientos. Si un hombre no ha perjudicado a nadie con sus palabras y acciones, cree que ha cumplido con todo cuanto de él exige la moral, sin advertir que acaso estuvo durante muchos años ejerciendo una depresiva y mezquina influencia en la mente de las personas de su convivencia y trato, y llenando su ambiente con sórdidas y viles formas de pensamiento. Un más grave aspecto de esta cuestión se nos mostrará al tratar de los habitantes artificiales; pero bastará consignar que el hombre puede acelerar o retardar la evolución de la esencia elemental según el uso que consciente o inconscientemente está de continuo haciendo de ella.

Desbordaría los límites de este tratado la exposición de los diferentes usos a que puede destinar las fuerzas inherentes en la esencia elemental quien sea capaz de manejarlas. La mayoría de las ceremonias mágicas tienen por objeto la manipulación de dichas fuerzas, ya directamente por el mago, ya por alguna entidad astral que al efecto haya evocado.

Por medio de dichas fuerzas se producen casi todos los fenómenos metapsíquicos en las sesiones espiritistas, y también son el agente del movimiento de muebles, lanzamiento de piedras y sonido de timbres en las casas frecuentadas. Estos fenómenos resultan de los desatinados esfuerzos que por llamar la atención realiza alguna entidad muy apegada a las cosas terrenas o también suelen ser maliciosas travesuras de algún espíritu de la naturaleza de los pertenecientes a la clase tercera. Pero no se ha de creer que el elemental sea por sí mismo el agente motor, sino que tan sólo es una

fuerza latente cuya actualización requiere un impulso externamente recibido.

Aunque toda clase de esencia elemental puede reflejar imágenes de la luz astral, hay variedades que reciben las impresiones mucho más fácilmente que otras, y asumen formas peculiares de su variedad, algo menos evanescentes que de ordinario.

Para no caer en confusiones es preciso distinguir esta clase de esencia elemental que acabamos de estudiar, de la esencia monádica que se manifiesta por medio del reino mineral. Recordemos que la esencia monádica en el arco de involución se manifiesta por medio de los reinos elementales y después se manifiesta por medio del reino mineral; pero la circunstancia de que dos masas de esencia monádica de diferente estado de evolución ocupen el mismo espacio (como, por ejemplo, una roca, que es mineral, y al propio tiempo morada de un elemental terrestre), no es obstáculo para su respectiva evolución ni tampoco implica relación alguna ante las dos diferentes masas de esencia monádica. La roca, o sea el mineral, estará también penetrada por su apropiada variedad del omnipresente principio de vida, totalmente distinto de las dos variedades de esencia antes mencionadas.

El Cuerpo Astral de los Animales

Es una clase extremadamente numerosa, que, sin embargo, no ocupa muy importante posición en el plano astral, porque sus miembros permanecen allí muy corto tiempo. La inmensa mayoría de los animales no han logrado aún permanente individualización, y cuando uno de ellos muere, la esencia monádica por su medio manifestada revierte al particular depósito de dónde provino, llevando consigo las experiencias adquiridas durante la vida física. Pero esta reversión no se efectúa inmediatamente, sino que el cuerpo astral del animal se reordena lo mismo que en el caso del hombre, y el animal tiene en el plano astral positiva existencia cuya duración, aunque no muy larga, varía según el grado de inteligencia que haya desenvuelto, en la mayor parte de los casos está el animal en conciencia soñolienta,

pero parece completamente feliz.

Los pocos animales domésticos que ya han alcanzado individualidad, y por tanto ya no renacen como animales en el mundo terrestre, tienen mucho más larga y consciente vida en el plano astral, y al fin de ella caen gradualmente en una subjetiva condición, que dura muy considerable período.

Una interesante subdivisión de la clase que estamos considerando es la de los cuerpos astrales de los monos antropoides mencionados en La Doctrina Secreta, que ya están individualizados y dispuestos a reencarnar en forma humana en la próxima ronda o quizás más pronto algunos de ellos.

Espíritus de la Naturaleza

Tantas y tan variadas son las subdivisiones de esta clase, que merecerían en justicia un tratado especial. Sin embargo, daremos alguna idea de ellos, pues todos tienen características comunes.

Ante todo, se ha de entender que tratamos de entidades radicalmente diferentes de todas cuantas hasta ahora hemos considerado. Aunque en rigor podamos decir que no son humanas la esencia elemental y el cuerpo astral de los animales, la esencia monádica que por medio de ellos se manifiesta, llegará en el transcurso del tiempo al nivel de manifestarse en una futura humanidad comparable a la nuestra; y si fuéramos capaces de retro mirar nuestra propia evolución en anteriores ciclos, hallaríamos que cuanto ahora somos pasó en su ascensión por análogas etapas.

Sin embargo, no es tal el caso con el vasto reino de los espíritus de la naturaleza que no han sido ni serán nunca humanos. Su línea de evolución es de todo punto diferente, y su sola relación con nosotros es que ocupamos el mismo planeta. Por lo tanto, si por ahora somos vecinos, nos debemos mutua atención de vecindad, pero nuestras líneas de evolución son tan diversas que poco podemos hacer unos por otros.

Algunos autores han incluido a los espíritus de la naturaleza en el número de los elementales; y en verdad que son los elementales, o

quizá más propiamente los animales de otra línea de evolución. Aunque mucho más altamente desenvueltos que nuestra esencia elemental, tienen algunas características comunes con ella. Por ejemplo, también se subdividen en siete órdenes que habitan respectivamente en los mismos siete estados de materia física ya mencionados, en los que penetran las correspondientes variedades de esencia elemental. Así consideraremos los espíritus de la naturaleza más comprensibles para nosotros, que son los de la tierra, agua, aire y fuego o éter. Son definidas e inteligentes entidades astrales que residen y funcionan en cada uno de dichos ambientes.

Se preguntará que cómo es posible que un ser viviente habite en una materia tan sólida como una roca en la corteza terrestre. La respuesta está en que como los espíritus de la naturaleza están corpóreamente constituidos por materia astral, la materia de la roca no es obstáculo impediendo a su movimiento ni a su visión; y por lo tanto, la materia sólida es su natural elemento y el único a que están acostumbrados y en el que se sienten en buen acomodo. Lo mismo cabe decir de los que habitan en el agua, en el aire o en el éter.

Los tratadistas medievales llamaron gnomos a los espíritus naturales de la tierra; ondinas a los del agua; sílfides a los del aire, y salamandras a los del fuego. En el lenguaje vulgar se les conoce por muchos nombres, entre ellos los de hadas, sátiros, faunos, elfos, duendes, damas blancas, nereidas, morenillos, tragos, etc. Sus formas son muy variadas, pero más frecuentemente de configuración humana y cortos de talla. Como todos los habitantes del plano astral, son capaces de asumir cualquier aspecto a voluntad, pero tienen definida forma peculiar o mejor diríamos una forma preferida en que aparecen cuando no les interesa asumir otra.

En las condiciones ordinarias son invisibles a la percepción visual física, pero son capaces de materializarse para hacerse visibles fácilmente.

Hay multitud de razas de espíritus de la naturaleza, y los individuos de cada una de ellas difieren de los de las otras en inteligencia y disposición, análogamente a lo que sucede entre los individuos de las diferentes sub-razas humanas. La mayoría de espíritus de la

naturaleza evitan la relación con el hombre, cuyas costumbres y emanaciones les repugnan, y les molestan las corrientes astrales que ponen en movimiento los incesantes y desordenados apetitos humanos. Sin embargo, también hay espíritus de la naturaleza que se muestran amigos del hombre y le favorecen y benefician en cuanto está de su parte, como, por ejemplo, los morenillos escoceses y las hadas de los cuentos. Pero esta benéfica actitud es relativamente rara; y por lo general, cuando los espíritus de la naturaleza se ponen por cualquier vicisitud en contacto con el hombre, se muestran indiferentes o disgustados, o bien se deleitan en engañarle y hacerle víctima de pueriles jugarretas. Muchas leyendas, consejas y cuentos lugareños de las solitarias comarcas montesinas denotan esta traviesa característica de los espíritus de la naturaleza; y quienes hayan frecuentado las sesiones espiritistas recordarán que entre los fenómenos psíquicos se interpolan algunas payasadas inofensivas, que denotan la presencia de los espíritus de la naturaleza de inferior categoría.

Favorece sus mañas y ardidés el admirable poder de hechizar a quienes ceden a su influencia, para que sólo vean y oigan lo que ellos les sugieren, exactamente lo mismo que el hipnotizado sólo recibe percibe lo que el hipnotizador le sugiere. Sin embargo, los espíritus de la naturaleza no alcanzan a dominar la voluntad humana, a no ser la de los individuos que la tengan muy flaca o de los que experimenten un terror lo bastante intenso para que temporalmente se inhíba la voluntad. No pueden ir más allá de la decepción sensorial o sea el engaño de los sentidos, en lo que son maestros, y ocasiones hay en que hechizan a una congregada multitud. Así ocurre con los más sorprendentes juegos de los faquires de la India, ejecutados por mediación y auxilio de los espíritus de la naturaleza, que fascinan a los espectadores haciéndoles ver y oír lo que no sucede en realidad.

Casi podríamos considerar los espíritus de la naturaleza como una especie de humanidad astral, a no ser porque ninguno de ellos, ni aun los de superior categoría, posee una individualidad permanentemente reencarnante. Por lo tanto, uno de los puntos en que la línea de evolución de los espíritus de la naturaleza difiere de la humana, es que

han de llegar a un alto grado de inteligencia antes de que se individualicen permanentemente, pero apenas sabemos nada de las etapas por que han pasado ni de las que todavía han de pasar.

La duración de la vida de los individuos de los diversos órdenes de espíritus de la naturaleza es muy corta en algunos y mucho más larga que la del hombre en otros. Somos tan extraños a la vida de ellos, que nos es imposible comprender muchas de sus condiciones; pero, en conjunto, parece ser una gozosa e irresponsable clase de existencia, semejante a la que un grupo de niños pudiera llevar en un ambiente físico extraordinariamente favorable. Aunque aficionados a gastar bromas y jugarretas, rarísimamente se muestran maliciosos, a menos que se les provoque por una injustificada intrusión o molestia; pero en general desconfían del hombre y les enoja la presencia de un neófito en el plano astral, por lo que se le aparecen en espantable forma. Si el recién llegado no se deja amedrentar por semejantes vestigios, le dejarán tranquilo como un mal necesario, y es fácil que con el tiempo se le muestre amigo alguno de ellos.

Otros órdenes de espíritus de la naturaleza son formales y no se entretienen en puerilidades como los que acabamos de describir, y a ellos pertenecen las entidades que en diversas ocasiones han sido reverenciadas como dioses locales o de los bosques. Estas

entidades gustan de la lisonja que acompaña a la veneración que se les tributa y sin duda están dispuestos a recompensar la veneración con algún servicio.

Los adeptos saben cómo utilizar en caso necesario los servicios de los espíritus de la naturaleza; pero el mago ordinario sólo recibirá su auxilio por los procedimientos de invocación o de evocación, esto es, por medio de súplicas en que le ofrezca algo en cambio del servicio, o movilizand o influencias que le obliguen a obedecer. Ambos procedimientos son de siniestra índole y el de la evocación sumamente peligroso, porque el evocador podría actualizar alguna influencia hostil que le fuera fatal. Desde luego que ningún Maestro le permitirá a su discípulo ni siquiera el intento de semejantes prácticas.

Los Devas

La superior línea de evolución relacionada con nuestro mundo físico es, según alcanza nuestro conocimiento, la de los seres llamados devas por los hinduistas, y que también en otras partes han recibido los nombres de ángeles, hijos de Dios, etc.

Se pueden considerar como un reino inmediatamente superior al humano, como el humano es inmediatamente superior al animal; pero con la importante diferencia de que mientras para el animal no hay otro camino de evolución, en cuanto se nos alcanza, que pasar por el reino humano, el hombre tiene al llegar a un alto nivel, abiertos ante sí, siete senderos, uno de los cuales es la evolución dévica.

Si comparamos este sendero con la sublime renunciación del nirmânakâya, veremos por qué en algunos tratados se dice que quienes lo eligen ceden a la “tentación de ser dioses”; pero de esta frase no se ha de inferir vituperio alguno a quienes escogen dicha línea de evolución, que no es la más corta, aunque sí muy noble, y si la desenvuelta intuición del hombre le impele a ella, seguramente que será la mejor adecuada a sus facultades. No debemos olvidar que, tanto en la ascensión espiritual como en la física, no todos son capaces del esfuerzo que requiere seguir el sendero más escarpado, y hay muchos para quienes el sendero más llano es el único posible, y seríamos indignos discípulos de los grandes Instructores si consintiéramos que nuestra ignorancia emitiera el más leve pensamiento desdeñoso contra quienes no eligen el mismo sendero que nosotros.

Sin embargo, por la completa ignorancia de las dificultades del porvenir, nos es imposible en el presente estado de evolución predecir lo de qué seremos capaces cuando después de muchas vidas de pacientes esfuerzos hayamos adquirido el derecho de escoger nuestro futuro; y en verdad que aun aquellos que cedan a la “tentación de ser dioses”, tienen ante sí una carrera suficientemente gloriosa, según vamos a ver. Para evitar toda mala inteligencia, conviene advertir que la frase “llegar a ser dioses” tiene en los libros otro significado de índole maligna, aunque en este sentido no podrá ser una tentación para el hombre altamente evolucionado y por consiguiente es ajeno a nuestro estudio.

En la literatura oriental se usa frecuentemente la palabra “deva” para significar cualquier clase de entidades no humanas, por lo que por una parte incluyen a sus divinidades y por otra a los espíritus de la naturaleza y a los elementales ficticios o artificiales. Sin embargo, contraeremos el significado de devas a la magnificente evolución que estamos considerando.

Aunque relacionados con la tierra no están los devas confinados en ella, porque el conjunto de nuestra presente cadena de siete globos es para ellos como un solo globo, pues evolucionan en un superior sistema de siete cadenas. Hasta ahora se han reclutado

principalmente sus huestes de otras humanidades del sistema solar, unas superiores y otras inferiores a la nuestra, pues muy pocos individuos de la terrestre han llegado al nivel en que fueron capaces de unirse a la evolución dévica; pero parece cierto que algunas de sus numerosas clases no han pasado en el camino de su evolución por ninguna humanidad comparable a la nuestra.

En la actualidad no nos es posible comprender gran cosa de lo concerniente a los devas; pero desde luego es evidente que la meta de su evolución ha de ser muy superior a nuestra meta; es decir, que mientras la finalidad de la evolución humana es elevar a quienes de ello sean capaces a cierto grado de oculto conocimiento al fin de la séptima ronda, el objeto de la evolución dévica es elevar a sus primeras filas a un nivel muchísimo más alto en igual tiempo. Y entonces, tanto para ellos como para nosotros, se abrirá un sendero más escarpado, pero también más corto, que conduzca a los esforzados a más sublimes alturas que en el caso de ellos sólo podemos conjeturar cuáles son.

En nuestro estudio del plano astral sólo necesitamos mencionar las tres inferiores categorías de los devas, que son los devas astrales, llamados en la antigua terminología kamadevas; los devas mentales inferiores o rupadevas; y los mentales superiores o arrupadevas.

Así como el cuerpo físico es el más inferior posible en el hombre, así el cuerpo astral es el más inferior posible en el kamadeva.

Está el deva astral en análoga situación a la en que se hallará la

humanidad cuando llegue al globo F de la actual cadena planetaria; y aunque vive en cuerpo astral, puede desprenderse de él y visitar en cuerpo mental la esfera superior, así como el hombre puede desprenderse del cuerpo físico para actuar en cuerpo astral. Si el deva astral está bastante evolucionado no le será la actuación en cuerpo carnal más difícil que para el hombre es el uso del cuerpo mental.

De la propia suerte, el cuerpo inferior del rupadeva es el mental o sea el constituido con materia de los cuatro sub-planos inferiores del plano mental, o sub-planos de las formas, mientras que el cuerpo inferior del arrupadeva es el causal, constituido por materia de los tres planos superiores del plano mental.

Sin embargo, la manifestación de los devas mentales y causales en el plano astral es tan sumamente rara como la manifestación materializada de una entidad en el plano físico, por lo que basta con mencionar esas dos categorías de devas.

En cuanto a la categoría inferior, la de los devas astrales, sería muy craso error considerarlos inmensamente superiores al hombre, pues algunos proceden de una humanidad menos adelantada que la nuestra. El término medio de sus individuos aventaja de mucho a nuestro término medio, porque se ha eliminado hace tiempo de sus filas todo lo activo e intencionadamente maligno; pero los individuos difieren muchísimo en disposición, y un hombre de altas cualidades morales, de exquisita espiritualidad, inegoísta y magnánimo, puede estar más adelantado en la escala de la evolución que algunos de ellos. Se puede llamar la atención de los devas astrales por medio de ciertas evocaciones mágicas, pero la única voluntad humana capaz de subyugar a la suya es la de una muy alta categoría de adeptos. Generalmente parece como si no se dieran cuenta de nosotros en el plano físico; pero de cuando en cuando sucede que uno de ellos advierte alguna tribulación humana que excita su compasión y presta su ayuda, así como nosotros auxiliamos a un animal que vemos angustiado. Sin embargo, comprenden que en el presente estado de la evolución cualquiera interferencia en los humanos negocios sería más perjudicial que beneficiosa.

Superiores en categoría a los devas astrales hay otras cuatro, y sobre

todo el reino dévico se hallan las vastas huestes de espíritus planetarios cuya consideración estaría fuera de lugar en un estudio sobre el plano astral.

Aunque en rigor no pertenecen a ninguna de las clases de habitantes no humanos del plano astral, viene a propósito mencionar a los admirables e importantes seres llamados los cuatro Devarrajas o Devarregios. En esta denominación la palabra deva no debe tomarse en el mismo sentido que hasta ahora, porque no rigen el reino dévico, sino los cuatro “elementos” tierra, agua, aire y fuego, con sus moradores espíritus de la naturaleza y esencias elementales. Nada sabemos acerca de cómo evolucionaron los cuatro Devarregios para llegar a tan alto grado de sabiduría y poder, aunque es seguro que no pasaron por ninguna etapa correspondiente a nuestra humanidad.

También se les llama Regentes de la Tierra o Ángeles de los cuatro puntos cardinales, y en las escrituras hinduistas se les apellida *Chabur Maharajás*, y se les da los propios nombres de *Dhritarâshtra*, *Virûdaka*, *Virupaksha* y *Vâishrâvana*.

En las mismas escrituras hinduistas se dan a las huestes de elementales sujetos a los cuatro Devas Regios los nombres de *Gandharvas*, *Kumbhandas*, *Nagas* y *Yakshas*, correspondientes al este, sur, oeste y norte, respectivamente, y cuyos simbólicos colores son: blanco, azul, rojo y amarillo de oro. En La Doctrina Secreta se les llama “globos alados” y “ruedas ígneas”; y en la profecía de Ezequiel se les describe con palabras muy semejantes.

A ellos se refieren las simbologías religiosas, y se les ha tributado siempre profunda reverencia como protectores de la humanidad.

Son los agentes del karma del hombre durante la vida terrena y, por lo tanto, desempeñan importantísima parte en el destino humano. Las excelsas deidades kármicas del Cosmos, llamadas Lipikas en La Doctrina Secreta, pesan las acciones de cada personalidad al término de la vida astral y proporcionan el molde de un doble etéreo exactamente adecuado al karma del individuo en su próxima vida terrestre; pero como quiera que los Devarrajas gobiernan los “elementos” constituyentes del doble etéreo, disponen su

proporcionalidad de modo que se cumpla exactamente la intención de los Lipikas.

También los Devarrajas vigilan constantemente la vida del individuo para contrabalancear los perpetuos cambios que en su condición introduce el hombre por su libre voluntad y por la de quienes le rodean, a fin de que no prevalezca injusticia alguna y que de un modo u otro se cumpla el karma, son capaces de asumir forma humana a voluntad y se recuerdan varios casos en que así lo hicieron.

Las superiores categorías de espíritus de la naturaleza y huestes de elementales artificiales actúan como agentes suyos en la estupenda obra que realizan; pero todos los hilos están en sus manos y sobre ellos recae toda la responsabilidad. No se manifiestan muy a menudo en el plano astral, pero cuando se manifiestan son los más notables habitantes no humanos. A un estudiante de ocultismo no habrá necesidad de decirle que, así como hay siete órdenes de espíritus de la naturaleza y siete de esencia elemental, debe haber siete y no solamente cuatro *Devarrajas*; pero aparte del círculo de iniciación, poco se sabe y menos puede decirse de los tres superiores.

Habitantes Artificiales

Es la clase más numerosa de entidades astrales y también la más importante para el hombre, porque son seres de su propia creación y se relacionan con él por íntimos lazos kármicos, y directa e incesantemente actúan sobre él.

Es una enorme masa de entidades medio inteligentes que difieren entre sí como difieren los pensamientos humanos, y es imposible clasificarlos ni ordenarlos. La única división posible es la que distingue entre los elementales artificiales formados inconscientemente por la mayoría de la humanidad, y los formados deliberadamente por los magos, aunque podríamos relegar a una tercera división a las entidades creadas artificialmente que no son elementales.

1ª Clase: Elementales Formados Inconscientemente

Ya dijimos que la esencia elemental que por todos lados nos rodea es en todas sus numerosas variedades muy capaz de recibir la influencia del pensamiento humano. La acción del más leve pensamiento errabundo en la esencia elemental forma una nube de rápido movimiento y evanescente configuración según ya quedó expuesto. Ahora veremos cómo afectan a la esencia elemental los definidos y deliberados pensamientos y deseos del hombre.

El efecto producido es de muy sorprendente índole. El pensamiento se apodera de la esencia elemental y moldea instantáneamente con ella un ser viviente de apropiada forma, y que una vez formado ya no depende de quien lo formó, sino que tiene vida propia cuya duración es proporcional a la intensidad del pensamiento que lo formó. Lo mismo cabe decir del deseo.

Los pensamientos de la mayoría de las gentes son tan vagos e indecisos, que los elementales por ellos formados sólo duran unos cuantos minutos o a lo sumo algunas horas; pero un insistente pensamiento o un ardoroso deseo forman un elemental cuya existencia

puede prolongarse durante muchos días.

Como quiera que los pensamientos del hombre ordinario se refieren casi siempre a así mismo, los elementales que forman permanecen a su alrededor, y constantemente propenden a provocar la repetición del originario pensamiento, pues tales repeticiones, en vez de formar nuevos elementales, intensifican el ya formado y le alargan la vida.

Así es que si un hombre alimenta constantemente un mismo deseo forma una especie de astral acompañante, que si de continuo alimentado por nuevos pensamientos durante años, irá adquiriendo cada vez mayor influencia sobre él, de suerte que si el deseo es de siniestra índole los efectos sobre su carácter pueden ser sumamente desastrosos.

Todavía de más fecundos resultados en bien o en mal son los pensamientos del hombre respecto de sus semejantes, porque entonces el elemental formado no actúa sobre el que lo forma, sino sobre el individuo o a quien se dirige el pensamiento. Si el pensamiento o el deseo son amorosos, benévolos, amigables, con ardiente anhelo por su bien, formarán y proyectarán hacia la persona en quien se piensa un amistoso elemental artificial. Si el deseo tiene carácter definido, como por ejemplo, que salga en bien de una enfermedad, de un grave apuro, de un mal trance, el elemental formado favorecerá el éxito feliz e impedirá toda influencia capaz de estorbarlo. En esta acción desplegará el elemental lo que parecerá ser considerable manifestación de inteligencia y adaptabilidad cuando en realidad es tan sólo una fuerza actuante por la línea de menor resistencia que fluye continuamente en el mismo sentido y aprovecha cuantos conductos halla, como el agua de una cisterna encontraría entre muchos desagües obstruidos el único expedito, por el que se apresuraría a fluir.

Si el pensamiento y el deseo fueren de indefinida condición respecto del bien general del individuo a quien van dirigidos, la esencia elemental con su admirable plasticidad responderá también exactamente a aquel indistinto deseo, y el elemental formado desplegará su fuerza en el sentido de la acción que más fácil le sea con ventaja para el favorecido. En todos los casos la fuerza desplegada por

el elemental y el tiempo que vive para desplegarla dependen enteramente de la intensidad del pensamiento o del deseo que lo engendró, aunque también puede que lo alimenten, intensifiquen y alarguen su vida otros buenos y favorables deseos llegados de distintas direcciones.

Además, parece como si el elemental artificial actuara, como otros deseos, con el instintivo afán de prologar su vida, y así reacciona sobre su creador con una fuerza que propende constantemente a provocar la reproducción del pensamiento o deseo que lo actualizó. También influyen los elementales artificiales en los individuos con los que se ponen en contacto, aunque no es tan completa su relación con ellos.

Todo lo dicho respecto a los favorables efectos de los buenos pensamientos y amistosos deseos es también verdad en opuesto sentido respecto de los malos pensamientos y deseos; y al considerar cuánta envidia, malicia, odio y egoísmo hay en el mundo, se comprende que entre los elementales artificiales se encuentren algunos de todo punto horribles. El hombre cuyos pensamientos y deseos sean malignos, rencorosos, brutales, lujuriosos, avarientos y hostiles, va por el mundo llevando consigo por doquiera una pestilente atmósfera psíquica poblada por las repugnantes entidades que formó para que fueran sus compañeros. De esta suerte no sólo se halla él en triste situación, sino que es un peligro para sus semejantes, pues cuantos con él se pongan en contacto arriesgan contagiarse de la influencia de las abominaciones de que quiso rodearse.

Un sentimiento de envidia o de odio lanzado contra una persona, entrañará un elemental que se dirigirá hacia ella como disparada flecha, y buscará el punto más fácil por donde penetrar. Si el sentimiento es persistente, el elemental recibirá nuevo estímulo y podrá prolongar su vida mientras persista el sentimiento que lo engendró. Sin embargo, no tendrá el mal deseo o el siniestro pensamiento o el envidioso sentimiento eficacia alguna si la persona a quien van dirigidos no vibra ni propende a vibrar en la siniestra tónica del elemental formado por tan morbosas emociones, es decir, que la persona malquerida no proporcionará punto de apoyo a la potencia del elemental cuya influencia rechazará como un broquel el aura del

individuo de puros pensamientos y recta conducta, por no hallar sitio en donde fijarse y entonces por ley mecánica reaccionará contra quien lo emitió, donde encontrará motivo de actividad, de suerte que el individuo quedará herido por sus propias armas.

Sin embargo, suele suceder que un elemental facticio, de esta clase sea por varias razones incapaz de reaccionar contra su creador, y en tal caso se contrae a ser una especie de errabundo demonio fácilmente atraído por quien ceda a emociones y pensamientos análogos a los que le pusieron inexistencia, y también estará dispuesto a estimular estos pensamientos y emociones en quien le atrajo, por la fuerza de ellos recibida, y derramar en él su maligna influencia por cualquier resquicio que se ofrezca. Si el elemental es lo bastante poderoso se apoderará del cascarón que a su paso encuentre, pues la posesión de esta temporal residencia lo capacita para economizar más cuidadosamente sus terribles recursos. De esta manera puede manifestarse valiéndose de un médium y simulando una persona conocida, influir en quienes de otra suerte no les fuera posible.

Lo expuesto hasta aquí sobre el particular servirá para confirmar la importancia de mantener en rigurosa sujeción nuestros pensamientos. Muchos individuos bien intencionados que escrupulosamente cumplen su deber en palabra y obra con el prójimo, se figuran que sus pensamientos sólo a él le afectan, y así los emiten alborotadamente en todas direcciones, de todo punto inconscientes del enjambre de funestas entidades que lanzan al mundo. A un hombre así le sería horrible revelación el exacto conocimiento de los efectos del pensamiento y del deseo en la producción de elementales facticios, mientras que por el contrario sería un gran consuelo para muchos a quienes angustia la imposibilidad de corresponder materialmente a las bondades en ellos prodigadas por sus bienhechores. Tanto pobres como ricos pueden emitir con toda eficacia buenos pensamientos y deseos, y todo individuo es capaz, si tal trabajo se toma, de mantener siempre al lado del ser querido, doquiera se halle, un ángel protector.

Más de una vez los amorosos pensamientos y oraciones de una madre han formado para el hijo un ángel custodio que le asistió y protegió, a menos que el hijo careciera de todo instinto de receptividad

a las buenas influencias. Los clarividentes suelen percibir a estos ángeles custodios y casos hubo en que algunos de ellos fue lo bastante poderoso para materializarse y ser por un momento visible a la percepción física. Conviene mencionar el curioso fenómeno de que cuando una madre pasa al mundo celeste el amor que derrama sobre sus hijos de quienes se imagina estar rodeada reacciona sobre ellos, aunque todavía esté en el mundo físico, y mantiene vivo el ángel guardián que creó mientras estuvo en la tierra, hasta que los hijos pasan al mundo astral.

Así dice Blavastsky en la Clave de la Teosofía:

“Los hijos en la tierra sentirán siempre el amor materno, y se les manifestará en sueños, en varios sucesos y en providenciales protecciones y evitación de mortales peligros, porque el amor es fuerte escudo no limitado por el espacio ni por el tiempo.”

Sin embargo, no todos los relatos concernientes a la intervención de los ángeles custodios deben atribuirse a la acción de los elementales facticios, porque en muchos casos tales “ángeles” eran las almas de seres humanos, ya vivientes, ya desencarnados, y también aunque en raras ocasiones fueron devas la potencia de un vehemente deseo, especialmente si con frecuencia se reitera, forma un activo elemental que se dirige hacia su objeto. (véase “Protectores Invisibles”)

Así se explica científicamente lo que el devoto sin cultura filosófica llama respuesta a una oración. Hay casos, aunque hoy día raros, en que el karma delirante permite que le auxilie directamente un Maestro o su discípulo, y también cabe la todavía más rara posibilidad de la intervención de un deva o de un amistoso espíritu de la naturaleza; pero en todos los casos, el procedimiento más fácil para tal auxilio será la intensificación y acertada dirección del elemental ya formado por el deseo. Recientemente llegó a noticia de uno de nuestros investigadores un curioso e instructivo ejemplo de la extrema persistencia de los elementales facticios bajo favorables circunstancias. Algunas familias inglesas de vieja estirpe conservan la tradición de un significativo aviso de la muerte del jefe o de algún individuo de su familia, es decir, que un fenómeno siempre el mismo, de distinta índole en cada familia, anuncia pocos días antes dicha muerte, como por ejemplo, el ave

blanca de los Oxenhams, cuya aparición desde los tiempos de la reina Isabel de Inglaterra ha sido seguro presagio de la muerte de algún individuo de dicha familia. Otro ejemplo es el del coche fúnebre que se detiene a las puertas de un castillo del norte de Inglaterra días antes de ocurrir una defunción en la familia residente en el castillo.

Un fenómeno de esta clase, pero no tan extraordinario como los descritos está adscrito a la familia de uno de nuestros amigos, y consiste en una especie de canto fúnebre que se oye como si flotara en el aire tres días antes de la muerte de un individuo de la familia. Nuestro amigo oyó por dos veces el canto fúnebre y las dos veces tuvo confirmación el presagio, y como quiera que las tradiciones de familia aseguraban que el mismo fenómeno se había ido repitiendo en el transcurso de siglos, quiso indagar por ocultos procedimientos la causa eficiente de tan extraño fenómeno.

El resultado fue tan sorprendente como interesante. Se averiguó que en el siglo doce el jefe de la familia fue a las Cruzadas como uno de los tantos valerosos caballeros, y llevó consigo para que ganara las espuelas en la sagrada causa, a su hijo menor, a quien adoraba y era un apuesto doncel que mucho prometía y cuyo éxito feliz en la vida deseaba vehementemente su padre. Pero por desgracia mataron al joven en una batalla y el padre cayó en hondo desconsuelo no sólo por la pérdida de su queridísimo hijo, sino porque había muerto en plena, descuidada y no del todo inocente juventud. Tan acerbo fue el dolor del caballero, que despojándose de sus belicosos arreos se refugió en una de las principales órdenes monásticas de aquella época, con voto de dedicar el resto de su vida a rezar por el alma de su hijo, y para que de allí en adelante ninguno de su sangre se hallase en el que a su sencilla y piadosa mentalidad le parecía terrible peligro de morir sin religiosa preparación. Día tras día durante muchos años fue derramando toda la energía de su alma en el canal de aquel intenso deseo, con la firme creencia de que produciría la anhelada finalidad.

Un estudiante de ocultismo comprenderá fácilmente cuál sería el efecto de tan continua e intensa corriente de pensamiento y deseo definidos. El caballeresco monje creó artificialmente un elemental de intenso poder con plenitud de recursos para su particular objeto y dotó

de una interna energía capaz de dar indefinida realidad a su deseo.

Un elemental es como un acumulador eléctrico sin hendidura ni raja, y si consideramos cuán intensa fue la energía acumulada en el formado por el monje y cuán de tarde en tarde había de usar algo de ella, no es extraño que aun hoy día conserve sin detrimento su vitalidad, y todavía avise a los descendientes del cruzado la proximidad de la muerte, repitiendo en sus oídos la extraña y quejumbrosa música que fue el canto funeral de un joven y valeroso soldado de hace siete siglos en Palestina.

2ª Clase: Elementales Formados Conscientemente

Puesto que tales resultados como los descritos se obtienen por la fuerza mental de hombres que desconocen completamente lo que están haciendo, fácil es de comprender que un mago conocedor del asunto y que puede ver con toda exactitud el efecto que produce su actuación, posea inmenso poder en su pensamiento. Tanto los magos blancos como los negros se valen frecuentemente en su obra de elementales facticios cuya acción es muy extensa cuando están científicamente preparados y con hábil conocimiento dirigidos, porque quien así sepa formarlos puede relacionarse con su elemental y guiarlo hasta no importa qué distancia, de suerte que actúe como si estuviera dotado de la misma inteligencia que su dueño.

A veces los magos blancos han proporcionado definidos y muy eficientes ángeles custodios por este medio, aunque raras veces permite el karma semejante interferencia en la vida de una persona. Pero en casos como el de un Maestro o un discípulo que en el transcurso de su obra corriesen el riesgo de que los atacaran fuerzas contra las cuales no pudieran prevalecer sin auxilio, se les proporcionaron ángeles custodios que demostraron plenamente su despierta vigilancia y su formidable poder. También por medio de los más hábiles procedimientos de magia negra pueden formarse elementales facticios que por varios medios ocasionan mucho daño; pero sucede con ellos lo mismo que dijimos acerca de los elementales facticios formados inconscientemente, esto es, por si se lanzan contra

una persona de recta conducta y puros pensamientos y emociones influencias, reaccionará el elemental con terrible violencia contra el que lo engendró, de suerte que las leyendas medievales en que aparece un mago negro destrozado por enemigos que él mismo levantó, no son fábulas insensatas, sino que tienen pavoroso fundamento.

Estos malignos elementales se emancipan a veces de la obediencia de su creador, y se convierten en demonios que vagan a la ventura, como se dijo de los elementales facticios formados inconscientemente; pero como los que ahora consideramos son mucho más inteligentes y poderosos y es más larga su vida resultan relativamente más peligrosos. Procuran a toda costa prolongar su vida, ya alimentándose vampíricamente absorbiendo la vitalidad de seres o influyendo en ellos para que les tributen ofrendas, y entre las tribus medio salvajes logran a veces que se les reconozca como dioses patronos de un poblado o de una familia.

A la más abyecta y abominable especie de esta clase de elementales pertenecen las falsas divinidades que exigen sacrificios cruentos, mientras hay otros no tan sanguinarios que se satisfacen con manjares de varias clases. En algunas comarcas de la India existen hoy día ambas especies de estos elementales y en África son relativamente más numerosos. Por medio de la sustancia que pueden extraer de las ofrendas y más todavía de la vitalidad que absorben de sus devotos, pueden prolongar muchos años y aún siglos su existencia, y retener suficiente energía para realizar ocasionalmente fenómenos de indulgente índole para estimular la fe y el celo de sus adoradores, mostrándose esquivos y enojados si escasean o cesan los acostumbrados sacrificios.

Ejemplo de ello nos da lo sucedido en una aldea de la India cuyos vecinos habían observado que cuando por alguna causa la divinidad patrona del lugar no recibía sus acostumbradas ofrendas de alimento, estallaban simultáneamente tres o cuatro incendios en los cortijos, sin que pudieran achacarse a descuidos de las familias ni a mala intención de agentes humanos, y otros casos análogos recordará sin duda el lector que conozca los apartados rincones del más admirable país del mundo.

El arte de formar elementales facticios de extremada virulencia y formidable poder parece haber sido una de las especialidades de los magos atlantes llamados “los señores de tenebrosa faz”. Un ejemplo de su habilidad en esta labor nos lo da La Doctrina Secreta en el pasaje referente a los animales parlantes a quienes se había de aplacar con ofrendas de sangre, para que no despertaran a sus dueños y les amenazaran con la inminente destrucción. Pero además de estas extrañas bestias, los magos atlantes formaban otras entidades artificiales de tan tremenda energía que secretamente se ha insinuado la posibilidad de que algunas de ellas se mantengan todavía en existencia, aunque hace ya más de once mil años que en el cataclismo geológico perecieron sus creadores.

La negra Kali, la terrible diosa cuyos devotos cometieron en su nombre los espantosos crímenes de *Thuggee*.

Aún se la adora con ritos demasiado abominables para enumerarlos, que podrían ser una supervivencia de prácticas culturales que borró el hundimiento de un continente con pérdida de sesenta y cinco millones de vidas humanas.

3ª Clase: Elementales Artificiales Humanos

Vamos a considerar una clase de entidades que, aunque consta de muy pocos individuos ha adquirido una importancia muy superior a su número por estar íntimamente relacionada con el moderno espiritismo. Hemos incluido estas entidades entre los habitantes artificiales del plano astral porque, aunque en rigor son humanos, tan distantes se hallan del curso de la ordinaria evolución y las engendra una voluntad tan ajena a la suya, que más bien han de considerarse como entidades artificiales.

Para mejor describirlos comenzaremos por su historial, y al efecto hemos de remontarnos de nuevo a la raza atlante. Al pensar en los magos y escuelas de ocultismo de aquel señalado pueblo acude a la mente el recuerdo de las malignas prácticas a que se entregaron en los postreros días; pero no hemos de olvidar que antes de la época de degradante egoísmo, la potente civilización atlante había dado muy

nobles y admirables frutos y que entre sus caudillos hubo algunos que hoy se hallan en el pináculo de la evolución humana.

Entre las logias o escuelas de estudio ocultistas preliminares de la iniciación que establecieron los adeptos de la Buena Ley o magos blancos, había una en cierta parte de América, que a la sazón era tributaria de uno de los grandes monarcas atlantes, los Divinos reyes de la Puerta de Oro; y aunque dicha logia ha pasado muchas vicisitudes y ha tenido que trasladar su sede de uno a otro país según los invadían los trastornadores elementos de una nueva civilización, todavía subsiste y practica el mismo ritual y enseña la misma lengua sagrada y oculta que emplearon sus fundadores hace muchos millares de años.

Todavía sigue siendo lo que fue desde su establecimiento, una logia o escuela de ocultistas de puros y filantrópicos propósitos que conducían muy adelante en el camino del conocimiento a los estudiantes aprovechados, y les conferían cuantas facultades psíquicas estaban a su alcance, después de rigurosas pruebas de la aptitud del candidato. Sus instructores no habían llegado al adeptado, pero aprendieron a entrar en el Sendero que a este nivel había de conducirles en vidas posteriores; y aunque dicha logia no formaba parte de la Fraternidad de los Himalayas, algunos de los miembros de ésta se relacionaron con aquélla en pasadas encarnaciones y por lo mismo se interesan vivamente por su actuación.

Los jefes de esta logia, aunque retraídos del bullicio social, han hecho de cuando en cuando todo cuanto pudieron para el progreso de la verdad en el mundo. Hace cerca de un siglo, a pesar del desenfrenado materialismo que parecía sofocar toda espiritualidad en Europa y América, determinaron intentar combatirlo por un nuevo método, a fin de deparar ocasión a las personas de recto criterio, de adquirir prueba plena de la vida ultra-física que la ciencia se empeña en negar. Los fenómenos exhibidos no eran absolutamente nuevos, pues en una u otra forma nos los refiere la historia, pero su modo de manifestación presentaba características completamente nuevas para el mundo moderno. El movimiento iniciado por los jefes de aquella logia fue tomando incremento hasta concretarse en la vasta

organización del moderno espiritismo, y aunque ha producido algunos resultados de los que no fuera justo inculpar a los promotores del movimiento, lo cierto es que cumplieron su propósito de convertir a muchos escépticos que no creían en nada, a la creencia firme en la vida futura. Este ha sido un magnífico resultado, por más que alguien crea haberse obtenido a mucha costa. El método adoptado fue escoger a una ordinaria persona después de la muerte, despertarla completamente en el plano astral, instruirla hasta cierto grado en las posibilidades y poderes del plano y confiarle después la dirección de un centro espiritista. La entidad así instruida, aleccionaba a su vez en el mismo tema a otras entidades desencarnadas que influían en los asistentes a las sesiones espiritistas y los adiestraban para actuar de médiums. De esta suerte prosperó y floreció el espiritismo. Indudablemente que algunos miembros vivientes de la logia original se manifestarían de cuando en cuando astralmente en los centros espiritistas, y aún quizá se manifiesten ahora, pero la corriente es que dejen la dirección a cargo de la instruida entidad desencarnada. El espiritismo cundió mucho más rápidamente que lo esperado, de suerte que no tardó en emanciparse, y así sólo cabe achacarles indirecta responsabilidad del cariz que fue tomando.

Desde luego que la intensificación de la vida astral de las entidades encargadas de los centros espiritistas, retardaban su natural progreso; y aunque la idea había sido de que todo lo perdido en este aspecto quedaría compensado por el buen karma creado en la obra de dar a conocer la verdad, pronto se echó de ver que no era posible valerse durante largo tiempo de un mismo guía sin perjudicarlo gravemente. En algunos casos se pudo efectuar la sustitución o relevo de los guías; pero en otros casos tropezaba con dificultades el relevo de un guía por otro, y se recurrió entonces a formar la curiosa clase de entidades a que hemos llamado “humanos artificiales”.

El Ego del guía pasaba al mundo celeste y a la sombra constituida por sus principios inferiores se la vitalizaba de modo que a los asistentes a las sesiones del centro espiritista les pareciera que eran su guía predilecto. Parece que en un principio efectuaron esta operación los miembros de la logia, pero resultó enojosa e inconveniente por

desperdicio de energía, y la misma objeción se hizo contra el empleo de elementales facticios, de modo que al fin decidieron que la entidad destinada a relevar al guía, lo relevase con la condición de revestirse del cuerpo astral desechado por el que se iba al mundo celeste y cuyas características personales había de simular.

Dícese que algunos miembros de la logia se opusieron a este recurso fundados en que, si bien el propósito podía ser muy loable, entrañaba engaño; pero la opinión general fue, según parece, de que no había tal engaño desde el momento en que la sombra estaba constituida por los cuerpos astral y mental inferiores del guía relevado, del que conservaba sus personales características.

Esta fue la génesis de la artificial o facticia entidad humana, y se ha de entender que en muchos casos se llevó a cabo el relevo sin que los asistentes a las sesiones espiritistas sospecharan la simulación, aunque por otra parte, los investigadores de los fenómenos espiritistas observaron que al cabo de algún tiempo se advertían de súbito algunas diferencias en la manera y disposición de manifestarse el guía. Ocioso fuera decir que ninguno de los Maestros de la Gran Logia Blanca ha emprendido jamás la formación de una entidad artificial de esta clase, aunque no podrían oponerse a que la formara quien lo creyera conveniente. El punto flaco de este recurso está en que además de los miembros de la logia original muchos otros psíquicos pueden adoptarlo, y entre ellos los magos negros que ya se han aprovechado de él para falsificar las comunicaciones espiritistas.

Termina con esta clase la descripción de los habitantes del plano astral, que con las reservas indicadas puede considerarse completamente bosquejada, pues la detallada consideración del tema requeriría toda una vida de estudio y ardua labor.

Fenómenos

Aunque en el transcurso de este ensayo hemos mencionado y hasta cierto punto explicado algunos fenómenos metapsíquicas, no estará de sobra enumerar los que más frecuentemente se manifiestan en las sesiones espiritistas y observan los investigadores, y al propio tiempo señalar qué agentes de los descritos ocasionan dichos fenómenos. Sin embargo, los recursos del mundo astral son tan variados que casi todos los fenómenos conocidos pueden producirse por diversos medios, y así es que tan sólo cabe establecer leyes generales sobre el particular.

Las apariciones, espectros o fantasmas, llamados técnicamente ectoplasmas, dan ejemplo de la anteriormente expuesta observación, porque de la ambigua y desconsiderada manera en que dichas palabras se emplean, cuadran a casi todos los habitantes del plano astral. Desde luego que los psíquicos están viendo continuamente tales ectoplasmas, mientras que el hombre ordinario necesita para “ver un fantasma”, como vulgarmente se dice, que el fantasma se materialice o que el individuo tenga un fugaz relampagueo de percepción psíquica. A no ser porque ni una ni otra de ambas condiciones es común y corriente, nos encontraríamos por la calle con tantos fantasmas como transeúntes vivientes.

Si al fantasma se le ve planeando sobre un sepulcro, probablemente será el doble etéreo de un difunto recién enterrado, aunque también puede ser la forma astral de un viviente, que durante el sueño se desprendió temporalmente del cuerpo físico para cobijar la tumba de un amigo; o también cabe la posibilidad de que sea un elemental ficticiamente formado por el intenso pensamiento de un viviente, que imagina hallarse presente en el punto donde se percibe el fantasma. Fácilmente distingue una de otra estas variedades quien tiene ejercitada la visión astral, más para el psíquico inexperto todos serán vaga e indistintamente fantasmas.

No son raras las apariciones de los moribundos, y muy a menudo son realmente visitas del Ego en forma astral antes de su definida

separación del cuerpo físico; pero también pueden ser estas apariciones el elemental formado por el ardentísimo deseo del moribundo de ver a un ser querido antes de morir. Hay casos en que el fantasma es en realidad el Ego en forma astral que se aparece en algún lugar momentos después de la muerte del cuerpo físico, aunque estos casos no son tan frecuentes.

Las apariciones en parajes donde se perpetró algún crimen son comúnmente del elemental proyectado por el asesino, quien ya viviente o difunto, pero más todavía después de muerto está continuamente pensando en las circunstancias de su acción, y como quiera que estos pensamientos son más intensos al cumplirse el aniversario de la comisión del crimen, en este día es el elementillo bastante vigoroso para materializarse de modo que resulte perceptible a simple vista, y así se realiza la periodicidad de esta clase de apariciones.

Otro punto concerniente a estos fenómenos es que cuando ocurre alguna tremenda perturbación emocional, doquiera se deje sentir espantoso terror, profunda tristeza, aguda pena, intenso odio o cualquier otra modalidada de acerba pasión, queda impreso su efecto con tan señalado carácter en la luz astral, que lo percibe y siente profundamente toda persona que tenga el más débil vislumbre de facultades psíquicas. Sólo necesitaría un incremento temporal de estas facultades para visualizar la escena y ver el suceso que con

todo pormenor se reproduce ante sus ojos, y en este caso referiría que había visto un fantasma.

Así es que los incapaces en cualquier circunstancia de visión psíquica notan molesta sensación cuando pasan por el lugar del árbol Tyburn, o no pueden permanecer en la Cámara de los Horrores de Madame Tussand, aunque no se percatan de que su trastorno emocional proviene de las espantosas impresiones que en la luz astral causan los lugares y objetos rezumantes de horror y crimen, y de la presencia de las repulsivas entidades astrales que siempre hormiguean por tales sitios.

Fantasmas de Familia

Estos fantasmas que la historia de las apariciones nos representa como peculiares de los castillos feudales, pueden ser elementales facticios o una vivísima impresión en la luz astral, o también un antepasado de la familia que todavía ligado a la tierra, se place frecuentar los escenarios en que concentró sus pensamientos y esperanzas durante la vida terrena.

Toque de Timbres y otros Fenómenos Análogos

Ya nos referimos a otros fenómenos de frecuentación, que se manifiestan comúnmente en las modalidades del toque de timbres, lanzamiento de piedras, movimiento de muebles y rotura de loza. Están causados estos fenómenos casi invariablemente por agentes elementales, ya puestos ciegamente en acción por una ignorante entidad astral humana que se esfuerza en llamar la atención de sus supervivientes, o intencionadamente por algún espíritu de la naturaleza de maliciosa puerilidad.

Espíritus de la Naturaleza

A estas entidades se ha de atribuir lo que de verdad pueda haber en las extrañas leyendas y cuentos de hadas tan conocidos en la demótica de todos los países. A veces un temporal acceso de clarividencia, que no es raro en los habitantes de remotas comarcas montesinas, capacita a algún caminante rezagado para recibir los retozones y alegres juegos de las hadas; pero otras veces se complacen en divertirse a costa de una persona aterrorizada y hechizarla de modo que, por ejemplo, le parezca ver casas y gente en despoblado. Frecuentemente no es esta ilusión momentánea, sino que el hechizado pasa por una larga serie de imaginarias y sorprendentes aventuras hasta que todo aquel fascinador espectáculo se desvanece de pronto y se encuentra el individuo desilusionado en un solitario valle o en una llanura azotada por el viento. Por otra parte, no se han de aceptar como hechos ciertos todas las leyendas y cuentos populares acerca de los espíritus de la naturaleza, pues las más groseras supersticiones suelen estar mezcladas con las creencias de los campesinos sobre estos seres, como

demostró el caso de un terrible asesinato cometido en Irlanda.

A las mismas entidades se han de atribuir gran número de los llamados fenómenos físicos que se producen en las sesiones espiritistas, y muchas de estas sesiones han estado gobernadas por estas traviesas entidades que realizan cosas al parecer tan sorprendentes como las respuestas a determinadas preguntas, la declaración de supuestos mensajes por medio de golpes o inclinación de trípodes o veladores; la exhibición de las llamadas “luces de un espíritu”; el aporte de objetos distantes; la adivinación del pensamiento de algún circunstante; la precipitación de escritos o dibujos; y hasta materializaciones.

Así es que, si cualquier espíritu de la naturaleza está dispuesto a ello, será capaz de dar una sesión espiritista igual a las más sorprendentes de que se tiene noticia, porque si bien hay fenómenos cuya reproducción no le es fácil, su maravilloso poder alucinador lo capacita para convencer a los circunstantes de que en realidad han ocurrido, a menos que esté presente u experto observador que comprenda sus artimañas y sepa desbaratarlas. Por regla general, siempre que en una sesión espiritista sobrevengan jugarretas o burlas de mal género, cabe inferir la actuación de un espíritu de la naturaleza de ínfima categoría o de entidades astrales humanas que durante la vida terrena fueron de estofa lo bastante baja para recrearse en tan estúpidas diversiones.

Entidades Comunicantes

Numerosísimas son las entidades astrales capaces de “comunicarse” en una sesión espiritista o de obsesionar a un médium extático y hablar por su intermedio. Apenas hay una sola clase de habitantes del plano astral de cuyas filas no pueda extraerse alguna entidad comunicante, aunque después de las expuestas explicaciones se comprenderá fácilmente que hay muchas probabilidades en contra de que la comunicación provenga de una entidad superior.

Una entidad manifestada suele ser a veces exactamente lo que dice ser; pero también a veces no lo es, y el ordinario concurrente no tiene medio alguno de distinguir la entidad verdadera de la falsa, pues en

tan gran medida es capaz de alucinar a un viviente en el plano físico una entidad que disponga de todos los recursos del plano astral, que ninguna confianza merece lo que parece la más convincente prueba. Si la entidad comunicante manifiesta algo que se presente como el hermano del individuo fallecido hace tiempo, no puede éste tener la seguridad de que en efecto es el espíritu de su hermano. Si la entidad revela algo sólo conocido del hermano muerto y del todavía viviente en la tierra, tampoco ha de darse por convencido, pues pudiera haberse leído aquel secreto en su propia mente o en la luz astral. Y aun si la entidad comunicante quiere extremar la prueba y le dice al individuo en cuestión algo que él ignora referente a su hermano, pero que después queda comprobado, también puede haberse leído este informe en la luz astral, o cabe la posibilidad de que la entidad comunicante sea tan sólo la sombra del hermano muerto y conserve su memoria, pero que en modo alguno sea él mismo.

No hemos de negar ni por un momento que a veces se han recibido en las sesiones espiritistas importantes comunicaciones de entidades rigurosamente auténticas; pero afirmamos que al ordinario asistente a las sesiones espiritistas le es completamente imposible tener la certeza de que no se le engaña miserablemente de uno u otro modo. Hubo algunos casos, aunque pocos, en que miembros de la anteriormente aludida logia de ocultistas iniciadora del moderno espiritismo se valieron de un medio para dar una serie de provechosas enseñanzas sobre interesantísimos temas; pero fue en sesiones de índole familiar y privada y nunca en reuniones espectaculares con entrada de pago.

Recursos Astrales

Para comprender los métodos por los cuales se produce gran número de fenómenos físicos, es preciso tener idea de los recursos de que puede disponer una entidad actuante en el plano astral, aunque no es fácil esclarecer este asunto, porque lo impiden ciertas restricciones evidentemente necesarias. Pero quizás no ayude la consideración de que el plano astral es en muchos aspectos una ampliación del físico, y que el concepto de la materia etérea, también física a pesar de lo intangible, servirá para demostrar cómo se entre-funden ambos

planos. En efecto, según el concepto hinduista del Jagrat o conciencia vigílica, los planos físico y astral están entre fundidos, como si constituyeran un solo plano cuyos siete sub-planos fueran los cuatro estados sólido, líquido, gaseoso y etéreo de la materia física y los tres sub-planos inferiores del genuino plano astral. Supuesto esto, nos será fácil dar un paso más adelante y adquirir la idea de que la percepción astral puede definirse bajo cierto aspecto como la capacidad de recibir un número enormemente creciente de vibraciones. Por medio del cuerpo físico percibimos una corta porción de vibraciones; otra corta porción de vibraciones muchísimo más rápidas nos afecta como luz y como electricidad; pero hay inmenso número de vibraciones de una y otra índole más allá de uno y otro extremo de la porción percibida y aun intermedias entre las percibidas, que no detectan nuestros sentidos físicos. Pero si todas o por lo menos algunas de estas vibraciones físicamente imperceptibles se pueden percibir astralmente con todas las complicaciones derivadas de la diferencia de longitud de onda, se amplificará e incrementará notablemente en el nivel astral nuestra comprensión de la naturaleza y podremos conocer muchas cosas que ahora nos son ocultas.

Se admite que algunas de estas vibraciones se transmiten fácilmente por la materia sólida, y así se explican científicamente las peculiaridades de la visión etérea, aunque por lo referente a la visión astral, la teoría de la cuarta dimensión la explica más completamente.

Clarividencia

Si un individuo está dotado de vista astral será capaz de producir resultados que a quienes de ella carecieren parecerán prodigiosos, como, por ejemplo, leer un pasaje de un libro cerrado; y cuando recordamos que la vista astral capacita para leer exactamente el pensamiento de una persona, y también para observar un objeto que esté en cualquier lugar del globo, si la vista astral se combina con el conocimiento de proyectar corrientes en la luz astral, comprenderemos la posibilidad de manifestación de todos los fenómenos de clarividencia sin necesidad de remontarnos más allá del plano astral. (véase a este propósito la obra “Clarividencia” en que

están tabuladas y explicadas las variedades de esta facultad con numerosos ejemplos.)

La adiestrada y absolutamente auténtica clarividencia actualiza un grupo de facultades muy diferentes de las físicas; pero como pertenecen a un plano superior, no trataremos de ellas.

Previsión y Segunda Vista

La facultad de exacta previsión corresponde a un plano superior al astral, pero la consideramos porque frecuentemente percibe la vista astral ráfagas o reflejos de ella, sobre todo entre las gentes ingenuas que viven en favorables condiciones. Un ejemplo de esta facultad de previsión es lo que los montañeses de Escocia llaman “segunda vista”.

No se ha de olvidar que cualquier habitante inteligente del plano astral es capaz de percibir estas vibraciones etéreas; y también, si está aleccionado, podrá actualizarlas y valerse de ellas.

Fuerzas Astrales

Fácilmente se comprende que no es posible divulgar gran cosa acerca de las fuerzas astrales y del modo de manejarlas, aunque cabe suponer que de aquí a no mucho tiempo se darán a conocer al mundo una o dos de ellas. No obstante, acaso sea posible, sin trasponer los límites de lo permitido, dar de estas fuerzas una idea suficiente para mostrar esquemáticamente la producción de ciertos fenómenos.

Todos cuantos tengan mucha experiencia de las sesiones espiritistas en que se manifiestan fenómenos físicos, habrán notado en una u otra ocasión el empleo de fuerzas irresistibles, como, por ejemplo, la que instantáneamente mueve pesos enormes; y si el observador está versado en mecánica cavilará sobre el origen de semejante fuerza y la palanca empleada. Como sucede siempre en relación con los fenómenos astrales, hay varios medios de actualizar dicha fuerza; pero, por de pronto, bastará indicar cuatro.

1º CORRIENTES ETEREAS – Sobre la superficie de la tierra fluyen constantemente, de polo a polo, corrientes etéreas de intensidad tan

irresistible como la de las mareas, y hay métodos de utilizar con toda seguridad tan estupenda fuerza; pero se expondría a gravísimo riesgo quien intentara gobernarla sin el debido conocimiento.

2º PRESION ETEREA – Esta presión es análoga a la atmosférica, aunque inmensamente mayor. En la vida ordinaria nos damos tan poca cuenta de una como de otra; y, sin embargo, ambas existen, y si la ciencia fuese capaz de hacer en determinado espacio el vacío del éter como hace el del aire, quedaría comprobada la presión etérea igualmente que se comprueba la atmosférica. La dificultad de hacer el vacío del éter consiste en que la materia etérea interpenetra la sólida, líquida y gaseosa, de suerte que los físicos no conocen todavía ningún medio capaz de separar determinado volumen de éter de la masa general de materia etérea. Sin embargo, el ocultismo práctico enseña el modo de provocar la presión etérea y actualizar su formidable fuerza.

3º ENERGIA LATENTE – Hay una vasta acumulación de energía potencial que permaneció como dormida en la materia durante la evolución de la sutil en la densa, de suerte que trasmutando la densa en sutil puede actualizarse y aprovecharse parte de la energía latente, como al trasmutar los estados de la materia física se actualiza la energía latente en la modalidad de calor.

4º VIBRACION SIMPATICA – Sorprendentes resultados mayores o menores pueden obtenerse por la ampliación del principio de vibración simpática. Los ejemplos tomados del plano físico más bien desfiguran que dilucidan los fenómenos astrales, pues sólo admiten parcial aplicación; pero el examen de los sencillos fenómenos de la vida ordinaria contribuirá a esclarecer este importante aspecto de nuestro tema con tal de no llevar la analogía más allá de su límite natural. Sabemos que, si pulsamos vigorosamente la cuerda de un arpa, su movimiento provocará vibraciones simpáticas en las correspondientes cuerdas de un número de arpas colocadas en torno y sintonizadas con aquélla. También es de general conocimiento que cuando un cuerpo de tropas pasa por un puente colgante, han de ir a paso libre, pues el marcial levantaría por lo acompasado una vibración cada vez más intensa, hasta que, vencida la resistencia del hierro, se

hundiría el puente.

Teniendo presente estas analogías, sin olvidar que sólo son parciales, resulta más comprensible que quien conozca exactamente la tónica a que ha de emitir sus vibraciones, o mejor dicho, si conoce la nota tónica de la materia que desea afectar o poner en vibración, podrá provocar inmenso número de vibraciones simpáticas. Cuando este fenómeno se manifiesta en el plano físico no se actualiza adición a la energía; pero en el plano astral la materia con que tratamos es mucho menos inerte, y cuando la actualizamos por medio de las vibraciones simpáticas añade su propia fuerza viva al impulso original que así puede multiplicarse varias veces, y por ulterior repetición sintónica de dicho impulso, como repiten el paso los soldados que atraviesan marcialmente el puente, las vibraciones pueden intensificarse hasta el punto de aparecer el efecto muy superior a la causa. En verdad, cabe decir que apenas hay límite para los fenómenos capaces de realizar un mago blanco que cumplidamente comprenda las posibilidades de esta fuerza vibratoria y hábilmente la maneje, pues la construcción del universo fue el resultado de las vibraciones emitidas por la Palabra hablada.

Mantras

De la vibración simpática depende la eficacia de los mantras que producen efecto por la repetición de ciertos sonidos sin necesidad de valerse de un elemental.

Desintegración

Puede realizarse este fenómeno por la acción de vibraciones rapidísimas que vencen la cohesión de las moléculas del objeto desintegrado. Una tónica vibratoria todavía más alta y de diferente tipo escindirá las moléculas en átomos. Un cuerpo reducido por este medio al estado etéreo puede moverse de un punto a otro con suma rapidez, impelido por una corriente astral, y en cuanto cese la acción de la fuerza que lo puso en tal estado, la presión etérea obligará al cuerpo a reasumir su primitivo estado.

A los estudiantes novicios les cuesta comprender cómo puede conservarse la configuración de un objeto así tratado, pues ponen el reparo de que si un objeto metálico, por ejemplo: una llave, se funde y después se vaporiza por el calor, al condensarse volverá al estado sólido, pero ya no será una llave, sino un trozo de hierro. La objeción parece certera, aunque en rigor no cuadra bien la analogía.

La esencia elemental que da forma a la llave vuelve al depósito universal en cuanto se destruye su temporal cuerpo sólido, pero no la afecta la acción del calor; y cuando la materia vaporizada recobra el estado sólido, la esencia elemental correspondiente a la materia sólida ya no es la misma que antes y por lo tanto no puede asumir la misma forma. La esencia elemental salió de la llave física como salen los principios supra-físicos del hombre cuando se quema su cuerpo físico, sin que en nada les afecte el calor o el frío.

Ahora bien, si un mago quiere desintegrar una llave con el propósito de llevarla de un punto a otro, impelida por las corrientes astrales, habrá de reservar la misma esencia elemental en la exacta forma de llave hasta terminado el transporte; y entonces, su fuerza de voluntad actuará como un molde en el que la materia solidificada recobre su primitiva forma, o más bien, a cuyo alrededor se reagrupen las moléculas. Así, a no ser que falle el poder de concentración del operador, volverá a tomar la materia forma de llave.

De esta manera se efectúa a veces en las sesiones espiritistas el aporte de objetos desde larguísimas distancias, y es evidente que disgregados pueden pasar con toda facilidad a través de las paredes de una casa o de la tapadera de una caja cerrada, de suerte que lo comúnmente llamado “el paso de la materia a través de la materia” es cosa tan sencilla, cuando propiamente se comprende, como el paso del agua por un cedazo, o de un gas a través de un líquido en los experimentos químicos.

Vista la posibilidad de transmutar la materia del estado sólido al etéreo mediante un cambio de la tónica vibratoria, se infiere que también es posible invertir el proceso y solidificar la materia etérea.

Materialización

Así como el paso de materia sólida a etérea explica el fenómeno de desintegración, así el proceso inverso explica el de materialización; e igualmente que en el primer caso es necesario el persistente esfuerzo de voluntad para impedir que el objeto reasuma el estado sólido, es también necesario el continuado esfuerzo de voluntad para que el objeto materializado no se restituya a su condición etérea.

En las materializaciones que se manifiestan en las ordinarias sesiones espiritistas, la materia necesaria se extrae en cuanto es posible del doble etéreo del médium, operación nociva para su salud y también inconveniente por muchos otros conceptos. Así se explica que la forma materializada se mantenga de ordinario estrictamente en la inmediata vecindad del médium al cual se ve atraída como si intentara volver al punto de procedencia, y si se la separa del médium, no tarda en desvanecerse y su materia constituyente retorna a su origen. No cabe duda de que en algunos casos también se substraen temporalmente del médium algo de materia densa y visible, por muy difícil que nos sea comprender la posibilidad de semejante substracción. He presenciado casos en que indudablemente ocurrió este fenómeno, comprobado por una muy considerable pérdida de peso del cuerpo físico del médium. (Casos semejantes están descritos en la obra del coronel Olcott: 'Gentes del otro Mundo', y en 'Un caso de Desmaterialización' de M. A. Aksakow)

La Oscuridad

Ahora nos explicaremos por qué las entidades dirigentes de una sesión espiritista operan con mayor facilidad a oscuras o a media luz, pues su poder o bastaría en la generalidad de los casos para mantener materializada una forma, ni siquiera la de una mano, en medio de las intensas vibraciones de una brillante luz. La forma materializada se desvanecería a los pocos segundos.

Los habituales concurrentes a las sesiones espiritistas habrán observado que las materializaciones son de tres clases: 1ª Tangibles, pero no visibles; 2ª Visibles, pero no tangibles; 3ª Visibles y tangibles.

A la primera clase, la más frecuente, pertenecen las invisibles manos

que abofetean a los circunstantes y transportan menudos objetos de uno a otro lado de la sala. También son de esta clase los órganos vocales que emiten la voz directa. En este último caso se utiliza una clase de materia que no puede reflejar ni interceptar la luz, pero que en determinadas circunstancias emite vibraciones acústicas.

Fotografías

Hay una variedad de esta clase de materializaciones parciales que aunque no reflejan las modalidades de luz que nosotros percibimos, son capaces de afectar los rayos ultravioletas e impresionar más o menos definitivamente la cámara fotográfica y obtener fotografías. Cuando no se dispone de suficiente poder para producir una perfecta materialización, se manifiesta una forma vaporosa perteneciente a la segunda clase, pues se ve y la entidad dirigente advierte a los circunstantes que no intenten tocarla. Muy raros son los casos de la tercera clase en que, por disponer de fuerza bastante para la materialización, es visible y tangible la forma materializada.

Cuando un Maestro o discípulo necesita materializar su vehículo mental o astral no han de sustraer la materia de su doble etéreo ni de la parte densa del físico, pues saben cómo utilizar la materia etérea circundante.

Reduplicación

Este fenómeno se produce al formar una perfecta imagen mental del objeto que se ha de reproducir. La imagen sirve de molde en cuyo torno se agrega la necesaria materia física y astral. Desde luego que para ello es necesario mantener simultáneamente en vista todas las partículas interiores y exteriores del objeto que se ha de reduplicar, y por consiguiente es un fenómeno que requiere muchísima fuerza de concentración. Quienes no saben extraer directamente la materia del éter circundante, la suelen sustraer del mismo objeto que por ello disminuye de peso.

Precipitación

De este fenómeno se habla en algunos tratados teosóficos, que aluden a la precipitación de cartas y dibujos, que puede obtenerse por varios medios. El Adepto deseoso de comunicarse con alguien puede colocar ante él una hoja de papel, formar una imagen mental del escrito que desea estampar en el papel, y extraer del éter la materia con que objetivar la imagen. También podría estampar de la propia suerte el escrito en una hoja de papel extendida por su corresponsal, fuera cual fuese la distancia. Otro procedimiento más frecuentemente adoptado, porque ahorra tiempo, consiste en estampar la letra del escrito en la mente de un discípulo, quien entonces habrá de tomar una hoja de papel e imaginar que está viendo a su Maestro escribir de puño y letra la carta, y en seguida procederá a objetivarla. Si le fuera difícil efectuar simultáneamente las operaciones de extraer la materia del éter circundante y de precipitar el escrito sobre el papel, habría de disponer de tinta o de polvos de color que por ser ya materia densa la manejaría fácilmente. Desde luego que esta facultad fuera un arma peligrosamente terrible en manos de un mago negro, pues podría falsificar la letra y firma de cualquier persona sin que los peritos calígrafos pudieran descubrir por los medios ordinarios cómo se había efectuado la falsificación. Un discípulo definitivamente relacionado con un Maestro, tiene en la precipitación la prueba infalible de si un mensaje proviene o no auténticamente de su Maestro, mientras que para otros la prueba de su origen estriba únicamente en el espíritu que se desprende del contenido del mensaje, pues el carácter de letra no sirve de prueba concluyente.

En cuanto a la rapidez, un discípulo novel en la tarea de precipitación, será tan sólo capaz de visualizar unas cuantas palabras de una vez, y apenas irá un poco más a prisa que si escribiera la carta a mano; pero el ya experto en esta clase de labor podrá visualizar de un solo golpe todo un párrafo o quizás el mensaje entero. De esta suerte, en una sesión espiritista se precipitan a veces muy largas cartas en pocos segundos.

Cuando se ha de precipitar un dibujo, o un grabado, o una pintura, el procedimiento es el mismo, con la única diferencia de que es indispensable visualizar el tema de un solo golpe, y si el cuadro es

policromo, se complica la operación, pues se han de disponer los colores separadamente para reproducir con toda exactitud las tintas y tonalidades del original. Evidentemente que hay en este procedimiento dilatado campo donde ejercitar la facultad artística; pero no se ha de entender que cualquier habitante del plano astral sea capaz de precipitar buenas pinturas, pues desde luego que quien fue hábil pintor en la vida física, obtendrá mucho más perfectas precipitaciones que quien no supo lo que era el arte pictórico mientras vivió en la tierra.

Escritura en Pizarras

Esta escritura que tanta fama dio a algunos médiums por las condiciones de prueba en que la realizaron, se efectúa por precipitación, aunque más frecuentemente el pizarrín encerrado entre ambas pizarras está movido por la mano de una entidad astral de la que tan sólo están materializadas las puntas de los dedos.

Levitación

Es un fenómeno que ocasionalmente ocurre en las sesiones espiritistas y más frecuentemente entre los yoghis orientales, y por lo general consiste en el levantamiento de un cuerpo humano en el aire como si flotase. Desde luego que cuando el que se levanta en el aire es un médium, el fenómeno tiene por agente la mano de una entidad astral; pero hay otro procedimiento de realizar este fenómeno, que siempre se emplea en Oriente y algunas veces en Europa. La ciencia oculta conoce el modo de neutralizar y aun de invertir enteramente la fuerza de gravedad, y por el prudente uso de este conocimiento se puede producir fácilmente el fenómeno de levitación. Es indudable que por el conocimiento de este secreto fue posible en la India antigua y en la Atlántida la elevación de aviones que sin motor mecánico podían recibir movimiento y dirección. También al mismo secreto de las fuerzas sutiles de la Naturaleza se ha de atribuir el trabajo de los que construyeron las murallas ciclópeas y de las Pirámides.

Luces

Con el conocimiento de las leyes de la Naturaleza que los recursos del plano astral ponen a disposición de sus habitantes, la producción de luces es un fenómeno sencillísimo, tanto de las tenuemente fosforescentes como de las eléctricas brillantes, y también la de los extraños saltarines glóbulos luminosos en que tan fácilmente se transmutan los elementales del fuego. Como quiera que toda luz proviene de las vibraciones de la materia etérea, es evidente que todo el que conozca la manera de provocar estas vibraciones logrará producir la luz de la intensidad que le convenga.

Manejo del Fuego

También por medio de esencia elemental etérea es posible manejar indemnemente el fuego, aunque también hay otros medios de producir este fenómeno. Una sensibilísima capa de materia etérea puede manipularse de suerte que no la afecte el calor, y cuando la mano del médium o de un circunstante está recubierta de dicha película como por un guante, puede agarrar una ascua de carbón o un hierro al rojo vivo con toda seguridad de no abrasarse.

Transmutación

Comúnmente se cree que la transmutación de metales fue un sueño de los alquimistas de la Edad Media, y seguramente que en algunos casos esta transmutación fue tan sólo un símbolo material de la purificación del alma o de alquimia espiritual. Sin embargo, hay alguna prueba de que materialmente transmutaron metales en varias ocasiones y aun hoy día hay en Oriente magos subalternos que afirman realizar dicha transmutación.

Nota: Actualmente está reconocida y comprobada concluyentemente por la ciencia, la transmutación de unos elementos químicos en otros, y el mercurio se ha podido transmutar en oro, aunque lo enorme del coste del procedimiento no da utilidad práctica a la transmutación.

La posibilidad de este fenómeno está demostrada por la consideración de que el átomo ultrerrimo es el mismo en todas las

sustancias de materia física, y sólo difiere el método de su combinación, por lo que quien quiera que sepa cómo reducir un metal al estado atómico y agrupar en distinto orden sus átomos ultrísimos obtendrá el metal correspondiente a la nueva ordenación de los átomos ultrísimos.

Repercusión

El principio de vibración simpática a que antes nos referimos explica también el extraño y poco conocido fenómeno de repercusión, consistente en que cualquier golpe, marca antigua o señal en la forma materializada se reproduce exactamente en el cuerpo físico. Indicios de este fenómeno hallamos en las pruebas aducidas durante los procesos judiciales seguidos a las brujas de la Edad Media, en que aparece frecuentemente la afirmación de que se reproducían en el cuerpo físico de la bruja las heridas causadas cuando se había aparecido en figura de perro o de lobo. La misma extraña ley ha conducido alguna vez a inculpar injustamente de fraude a un médium, porque una materia colorante frotada sobre la mano materializada de una supuesta entidad astral se encontró más tarde que tiznaba la mano del médium, cuando en realidad el supuesto “espíritu” no era más que el doble etéreo del médium, obligado por la influencia de la entidad guiadora de la sesión espiritista a tomar distinta forma. La parte etérea y la parte densa del cuerpo físico están tan íntimamente enlazadas que es imposible alterar la nota vibratoria de una sin que inmediatamente levante exacta vibración de la otra.

Conclusión

Se espera que cualquier lector que haya estado suficientemente interesado en seguir este tratado hasta el momento, pueda tener una idea general del plano astral y sus posibilidades, que le permita comprender y encajar en los lugares apropiados en su esquema. cualquier hecho relacionado con él que pueda recoger en su lectura. Aunque solo se ha dado el boceto aproximado de un tema muy grande, tal vez se haya dicho lo suficiente para mostrar la extrema importancia de la percepción astral en el estudio de la biología, física, química, astronomía, medicina e historia, y el gran impulso que podría ser dado por su desarrollo a todas estas ciencias. Sin embargo, su logro nunca debe considerarse como un fin en sí mismo, ya que cualquier medio adoptado con ese objeto en vista conduciría inevitablemente a lo que se llama en Oriente el método de desarrollo de *laukika*, un sistema por el cual se adquieren ciertos poderes psíquicos, pero solo para la personalidad presente; y dado que su adquisición no está protegida, es muy probable que el alumno haga un mal uso de ellas. A esta clase pertenecen todos los sistemas que implican el uso de drogas, la invocación de los elementos o las prácticas de Hatha Yoga. El otro método, que se llama *lokottara*, consiste en Raj Yoga o progreso espiritual, y aunque puede ser algo más lento que el otro, todo lo que se adquiere a lo largo de esta línea se gana para la individualidad permanente, y nunca se pierde de nuevo, mientras que la guía y el cuidado de un Maestro garantiza la seguridad perfecta contra el mal uso del poder, siempre que sus órdenes sean escrupulosamente obedecidas. La apertura de la visión astral debe considerarse entonces solo como una etapa en el desarrollo de algo infinitamente más noble: simplemente como un paso y un paso muy pequeño en ese gran Sendero ascendente que lleva a los hombres a las alturas sublimes del Adepto, y más allá de que a través de vistas gloriosas de sabiduría y poder como nuestras mentes finitas ahora no pueden concebir.

Sin embargo, que nadie piense que es una bendición absoluta tener una vista más amplia del plano astral, porque sobre aquel en quien se

abre esa visión, el dolor y la miseria, el mal y la avaricia del mundo ejercen presión como una carga omnipresente, hasta a menudo se siente inclinado a hacerse eco del apasionado comentario de Schiller:

“¿Por qué me has arrojado así a la ciudad de los ciegos, a proclamar tu oráculo con el sentido abierto? Retira esta triste clarividencia; quita de mis ojos esta ¡Luz cruel! Devuélveme mi ceguera, la feliz oscuridad de mis sentidos, irrecupera tu terrible regalo!”

Este sentimiento tal vez no sea antinatural en las primeras etapas del Sendero; sin embargo, una visión más elevada y un conocimiento más profundo pronto le brindan al estudiante la certeza perfecta de que todas las cosas están trabajando juntas para el bien eventual de todos:

*Hora tras hora, como una flor abierta,
¿Se expandirá la verdad después de la verdad?
Porque el sol puede palidecer, y las estrellas pueden fallar,
Pero la Ley del Bien se mantendrá.
Su esplendor brilla y su influencia crece
A medida que aparece el lento trabajo de la naturaleza,
Desde el zoofito pequeño hasta los señores del todos,
A través de kalpas y millones de años.*